



NOTAS Y DEBATES DE ACTUALIDAD

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA. AÑO: 28, n.º 101, 2023, e7776851
REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA Y TEORÍA SOCIAL
CESA-FCES-UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA
ISSN 1316-5216 / ISSN-e: 2477-9535



La sociedad mundial y el sistema intercapital: un diálogo con Marx¹

The world society and the intercapital system: A dialogue with Marx

Esteban TORRES

<http://orcid.org/0000-0002-6040-562X>

esteban.torres@unc.edu.ar

Universidad Nacional de Córdoba-CONICET, Argentina

Este trabajo está depositado en Zenodo:

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.7776851>

RESUMEN

En el artículo avanzo con el desarrollo de una nueva teoría de la sociedad mundial, y en particular de una teoría del capitalismo arraigada en la historia del siglo XX, que se desprende de una propuesta de renovación paradigmática a la que denomino "Paradigma Mundialista". Para ello me ocupo de establecer un diálogo selectivo con la obra de Marx. Parto de suponer que la sociedad mundial se crea a mediados del siglo XX y, junto a ello, que la economía recién se mundializa en tal momento, generando una nueva formación capitalista a la que denomino "sistema intercapital". En el trabajo asimilo los aportes metodológicos de Marx para el estudio del cambio social y me enfoco en dos aspectos determinantes de la visión marxiana: el de la génesis y el de la evolución histórica del capitalismo. La atención a este último punto me permite analizar –entre otros aspectos- el modo en que Marx aborda la "cuestión colonial". Cada apartado del trabajo es precedido por mi visión preliminar del asunto y las conclusiones buscan evidenciar el valor de esta propuesta de renovación.

Palabras clave: cambio social; sociedad mundial; capitalismo, América Latina, Marx, marxismos.

ABSTRACT

In the article I move forward with the development of a new theory of World Society, and in particular of a theory of capitalism rooted in the history of the 20th Century, which follows from a proposal for paradigmatic renewal that I call the "World Paradigm". To this end, I engage in a selective dialogue with Marx's work. I start from the assumption that the World Society is created in the middle of the 20th century and, along with it, that the economy is only at that time mundialised, generating a new capitalist formation which I call the "Intercapital System". In this paper I assimilate Marx's methodological contributions to the study of social change and focus on two decisive aspects of the Marxian vision: the genesis and the historical evolution of capitalism. Attention to this last point allows me to analyse - among other aspects - the way in which Marx approaches the "colonial question". Each section of the paper is preceded by my preliminary view of the issue, and the conclusions seek to highlight the value of this proposal for renewal.

Keywords: Social change; World Society; Capitalisms, Latin America, Marx, Marxisms.

Recibido: 16-11-2022 • Aceptado: 22-02-2023

¹ Quisiera agradecerles a Göran Therborn, Stephan Lessenich, Viviane Brachet Márquez, Juan Pablo Gonnet, Jacinta Gorriti y a Santiago Roggerone por la lectura atenta y los agudos comentarios a este trabajo. La versión final, tal como está, es de mi exclusiva responsabilidad.



INTRODUCCIÓN: “O INVENTAMOS, O ERRAMOS”

Una primera certeza que perturba toda pretensión de conocer los procesos rectores que conforman el presente histórico de las sociedades de este planeta es que los cambios sociales en el mundo se vienen acelerando tendencialmente, en todas las localizaciones, mientras que los paradigmas y las teorías destinadas a comprenderlos no lo hacen. Los edificios intelectuales, sean estos robustos o más bien gelatinosos, no solo cambian a un menor ritmo que las constelaciones materiales, sino que, lamentablemente, apenas se han modificado desde mediados del siglo XIX. Una segunda corroboración, es que la materialidad de la evolución histórica explica la forma que adquiere una determinada teoría mucho más de lo que la teoría explica la forma pasada y presente de las estructuras materiales del mundo. Y esto último ocurre al menos por dos motivos. El primero: porque las emergencias intelectuales son producto, antes que productoras, de las transformaciones materiales. Las ideas, por sí mismas, no cambiaron el rumbo de la historia de las sociedades. Ni las de Adam Smith, ni las de Marx, ni las de Lenin, ni las de Francis Fukuyama. Las ideas son gérmenes de intelección que emanan de una realidad superficial o profunda, y que se vuelcan a ella, disparadas por una mente individual o colectiva, pero no tienen la potestad de transformar esa realidad societal a partir de un movimiento autocentrado. Ello de ningún modo significa que los cambios sociales, en su núcleo, están desintelectualizados, o que carezcan de impulsos de direccionamiento intelectual. Resulta completamente imposible separar las ideas de la materia, por más que –imaginemos el caso absurdo- una comunidad humana anti-intelectual, de enormes proporciones, se lo propusiera como su primer objetivo colectivo. Y un segundo motivo es que las ideas suelen estar envejecidas, desactualizadas o directamente obsoletas al momento de ser recreadas para comprender el estado y la dinámica presente de una esfera social concreta. Esta experiencia de desincronización la reconocieron con cierto desasosiego los grandes productores de teoría de la región. O sea que, hasta hoy, lo que se viene observando es el predominio de un desfase entre teoría e historia, que se puede entender –como decía- a partir de la propia historia, que integra la historia de los intelectuales, de las instituciones conservadoras que los alojan y de las sociedades como un todo. La razón que muchas veces determina este efecto de inadecuación es que quienes crearon e institucionalizaron un sistema potente de ideas en una situación dada se aferraron con todas sus fuerzas a él, deseando con ello detener *en la teoría* el movimiento del mundo, dictaminar su dinámica de una vez y para siempre, y proyectar sus vías trascendentales de transformación, alimentando así, para sí mismo y para el prójimo, la fantasía de una dirección y de un control intelectual persistente sobre la realidad social cambiante. Esto es, promocionando la ficción de que se puede conservar con el paso del tiempo un diagnóstico social, o bien una prospectiva social, en condiciones de generar para la comunidad científica, y eventualmente para la previsión estatal, un efecto de estabilidad, de orden y de sosiego basado en un tipo de conocimiento verdadero dotado del poder suficiente para abolir la indeterminación histórica y domesticar el caos del mundo. Lo cierto es que si cambian las estructuras de las sociedades, la teoría del cambio social, en cierto punto, y a determinado nivel, también lo debería hacer para no perder su eficacia práctica potencial. Y fue precisamente esta certeza metahistórica la que terminó convirtiendo a la lacónica frase del venezolano Simón Rodríguez, “o inventamos, o erramos” (Rodríguez, 2008) en un axioma clásico de todo proyecto intelectual orientado a la transformación social.

El propósito central de este texto es avanzar en el desarrollo de algunos componentes de una nueva teoría de la sociedad mundial, que a su vez se desprende de una propuesta de renovación paradigmática para las ciencias sociales –y en particular para los estudios del cambio social- a la que denomino “Paradigma Mundialista”. Parto de la premisa de que a partir de mediados del siglo XX se crea una nueva sociedad multihistórica sobre la capa física del planeta tierra. Se trataría de la primera “sociedad mundial”, entendida como una *sociedad de sociedades*. Hasta hoy, esta formación social advenediza no ha sido debidamente procesada en términos paradigmáticos y, por lo tanto tampoco, modelizada en términos teóricos. En cualquier caso, desde el momento en que estoy dispuesto a reconocer la existencia de una nueva sociedad, que agrupa de un modo distinto a los centros y a las periferias del mundo, va de suyo que, como consecuencia de tal emergencia, se hace necesario avanzar en la elaboración de un nuevo marco de referencia, así como de nuevas teorías, que intenten explicar su forma y sus modos de cambio. Al hablar de “nuevo” en las ciencias sociales, tanto en relación a un determinado paradigma como a las teorías que se fundamentan en él, siempre

hay que tener mucho cuidado. Con esta referencia a la novedad aquí hago alusión a una forma “final” emergente, dotada de una serie de combinaciones originales entre elementos nuevos y viejos, y no a un dispositivo completamente nuevo. Se trata de una nueva constelación intelectual en la medida en que combina e integra de un modo original perspectivas y tradiciones preexistentes. Por lo tanto, en términos exactos, podríamos decir que se trata de una “renovación” intelectual o científica. Es nuevo en tanto reconstituye la teoría como caja de herramientas para el estudio del cambio social. De más está decir que la búsqueda de novedad no se presenta aquí como un fin en sí mismo sino como un medio necesario para un conocimiento más adecuado de las sociedades históricas en las cuales habitamos.

Es probable que la dimensión más gravitante de la sociedad mundial continúe siendo la económica. A la economía de la sociedad mundial, como creación histórica del siglo XX, la he denominado “sistema intercapital” (Torres, 2019; 2022a; 2022c). Se trata de uno de los seis sistemas históricos que vienen conformando a la sociedad en cuestión como un entramado histórico ampliado². La reconstrucción teórica de esta “nueva” economía demanda un diálogo sustantivo con las teorías del capitalismo del siglo XXI y del siglo XX, con epicentro en la teoría de Marx y en la tradición marxista. Hasta hoy ningún teórico social de peso consiguió profundizar en el conocimiento del capitalismo sin pasar por la obra de Marx. Tal como lo entiendo, dialogar de modo fructífero con el sociólogo alemán exige poner en cuestión dos propósitos tradicionales -y muchas veces entrelazados- que se vienen cultivando hace más de un siglo: la búsqueda filológica de dar con el “verdadero Marx”, y la pretensión de actualizar una identidad política marxista para un proyecto intelectual autónomo, desplegado desde y para un país o una región periférica. La obra de Marx y las corrientes marxistas son, en su origen, gérmenes intelectuales europeos, ligados al momento de mayor poder expansivo del viejo continente en toda la historia de la humanidad, así como a un tiempo en el cual la periferia mundial aún permanecía estructuralmente desactivada. Desde principios del siglo XX, las izquierdas multilocalizadas “fuera” de Europa se dividieron entre i) los marxistas ortodoxos, que pretendían hacer ciencia y volcarse a la política revolucionaria a partir de reproducir a pies juntillas las teorías de Marx y de los teóricos marxistas del Norte (sobre todo de Lenin), y que por lo general se encontraban afiliados a partidos marxistas; ii) los marxistas heterodoxos, que buscaban recrear un marxismo no europeo para trastocar estas mismas sociedades relegadas; y, finalmente, iii) los intelectuales de izquierda no marxistas, que se apropiaban en algún grado de las ideas de Marx y del marxismo para alimentar nuevas identidades políticas. En América Latina, desde hace aproximadamente un siglo, han sido los marxistas heterodoxos, por lo general autodenominados “marxistas latinoamericanos”, y los intelectuales “nacionales y populares” o de la “izquierda nacional”, quienes se encargaron, en nombre de Marx, y en algunos casos de Lenin, de denunciar sistemáticamente el extravío teórico y la supuesta enajenación del primer grupo de marxistas ortodoxos. Estos últimos, siempre más numerosos, fueron caracterizados como “reproductivistas”, “europeizados”, “imperialistas”, “imitadores”, “dogmáticos”, “izquierdistas”, entre otras tantas designaciones peyorativas. Como suele suceder, la variante ortodoxa fue considerada por la minoría heterodoxa como absolutamente incapacitada para descifrar la especificidad estructural e histórica de los procesos de cambio social en los países latinoamericanos, y por lo tanto para idear una política efectiva de transformación social (Mariategui, 1969; Haya de la Torre, 1927; Ramos, 1973; Aricó, 1980; Hernandez Arregui, 2004; Ugarte, 2010). Si la crítica al “marxismo extranjerizante” por parte del marxismo regional heterodoxo demostró ser cierta y efectiva, una pregunta que correspondería formular hoy, al iniciar la tercera década del siglo XXI, es si finalmente los marxistas creativos de la periferia, por el hecho mismo de haber ensayado una práctica intelectual desde y para la región, lograron: i) conquistar la autonomía teórica e identitaria que imaginaban en relación a los anclajes europeo y secular del dispositivo de Marx; ii) crear y sostener en el tiempo una corriente intelectual con tales características, y finalmente, como objetivo superior, iii) penetrar en algún grado el entramado cultural ampliado de las sociedades históricas del continente. Este último aspecto también se relaciona con el tema de la identidad marxista, y más exactamente con sus posibilidades de arraigo popular en las culturas

² Desde mi perspectiva sociológica, las diferentes esferas nacionales, regionales y globales de la sociedad mundial del siglo XXI se configuran en la intersección de hasta seis sistemas principales que se fueron superponiendo y, en algunos casos fusionando, a partir de una sucesión histórica de larga duración. Estos son el sistema natural, el sistema patriarcal, el sistema interracial, el sistema interestatal, el sistema intercapital y el sistema intercomunicacional. Para un desarrollo preliminar de este entramado multisistémico contemporáneo, ver Torres, 2023.

periféricas contemporáneas. Se trata de aspectos sensibles en la medida en que solo así, a partir del cumplimiento de tales propósitos, esta fracción luminosa podría diferenciarse con claridad del primer grupo abiertamente europeizado. Aquí nuevamente se presenta el problema de la relación asimétrica entre el marxismo y la historia regional. No hay que perder de vista que el advenimiento de la sociedad mundial, a partir de mediados del siglo XX, fue un macro-fenómeno que se precipitó desde la periferia hacia los centros, que se apoyó principalmente en los movimientos de liberación nacional de los países periféricos y que terminó provocando un proceso de ruptura o de reacomodo político determinante con Europa. Y no es necesario ser un experto en historia latinoamericana para constatar que dichos movimientos soberanistas en ascenso poco entendían de marxismos, o bien, en algunos casos puntuales, de contar con un ribete identitario marxista, no queda claro si finalmente lograron avanzar posiciones en el juego de poder mundial gracias a su marxismo o a pesar de él.

De aquí en adelante avanzaré en un diálogo con Marx, con su teoría del capitalismo, y, junto a ello, en mucho menor medida, me referiré a las visiones del capitalismo de los pocos marxistas heterodoxos que actualmente cobija América Latina. Tal como señalé previamente, este diálogo lo abro desde la perspectiva teórica y la formulación paradigmática que vengo elaborando. Todo parece indicar, dada la forma y el ritmo alarmante en que se vienen actualizando las dependencias intelectuales en América Latina en el siglo XXI, que la histórica búsqueda por superar el componente europeo y eurocéntrico del marxismo a partir de reafirmar una identidad marxista continúa resultando igual de infructuosa que la idea de aniquilar de punta a cabo la forma estatal en América Latina, para así, a partir de ello, poder darle la bienvenida a una nueva sociedad poscapitalista. Quisiera dejar en claro que aquí no adopto una disposición anti-marxista, ni tampoco suscribo a una identidad marxista superadora. No me interesa alimentar las divisiones que produce esa discusión. Mi preocupación se centra en la actualización de los estudios del cambio social y de la política orientada a la transformación de las sociedades. Como mostraré a continuación, para una apropiación provechosa de la teoría marxiana no sólo hay que prestar atención a la notable influencia que ejerce Europa como localización globalizadora de nuestro continente, sino también al momento histórico en que este corpus de ideas modernas fue concebido.

UN DIÁLOGO CON MARX

Una de las premisas imperecederas de la obra de Marx, y posiblemente la menos considerada, es aquella que indica que la sociedad presente, edificada conceptualmente por el/la analista, es la que ofrece las claves para develar las sociedades pasadas. De este modo, a partir de iniciar una retrospectiva a la vez sistemática y presentificadora, resultaría posible reconfigurar una temporalidad total proyectada hacia el futuro. Para Marx, indagar en las profundidades dinámicas de determinada esfera social actual conlleva una aventura intelectual que se abre desde el presente histórico como objeto teórico vivo hacia el pasado, antes que a la inversa. Se trata de recuperar en nuevos términos un pasado hecho presente desde un presente historizante. No me estoy refiriendo, como guía temporal, al presente y al pasado de un individuo concreto, sino al presente y al pasado de las sociedades. Una dimensión similar a la que Braudel denominó "tiempo estructural", sin con ello menospreciar otros sedimentos temporales, como el biológico, el subjetivo, el coyuntural y lo que el historiador francés denominó "tiempo eterno" o tiempo de los sabios (Braudel, 1970). El presente así entendido, en primera instancia como presente societal, suele ser el pasado de todo individuo. Esta retrospectiva singular, comprometida con la refiguración del futuro societal, sólo podría ocurrir para Marx cuando la sociedad contemporánea, conformada en la densa materialidad de sus conflictos, se dispone a la autocrítica. Un tipo de autocrítica que involucra, a la vez que trasciende, al intelectual crítico y al político revolucionario. Esto es, en los términos genéricos del autor, cuando "la sociedad y la economía burguesa comenzaron a criticarse a sí mismas" (Marx, 2007: 307). No es necesario forzar una interpretación para reconocer la interiorización por parte de Marx de este imperativo de contemporaneidad radical como fuente primera de conocimiento social. En un plano declarativo, este modo de procesar la historia de las sociedades se asoma, por ejemplo, en la "Contribución a la crítica...", cuando el autor alemán señala que "la llamada evolución histórica reposa en general en el hecho de que la última forma considera a las pasadas como otras tantas etapas hacia ella misma", pero sobre todo cuando indica que "sólo la economía burguesa llegó a

comprender la sociedad feudal, antigua y oriental" (Marx, 2007: 307). Tal impresión reconstructiva, profundamente histórica, también se corrobora en otro pasaje del mismo texto, aunque en una clave más restrictiva, cuando el sociólogo alemán³ sostiene que "La religión cristiana fue capaz de ayudar a comprender de una manera objetiva las mitologías anteriores" (Marx, 2007: 307).

Es precisamente a partir de tomarse en serio dicha premisa metodológica de Marx que la tentativa de arribar a una explicación convincente de los procesos actuales de cambio social puede involucrar, pero no puede precipitarse a partir de la apropiación de un corpus intelectual vigoroso del siglo XIX, como es la teoría del propio Marx. Y podríamos decir que dicha operación intelectual queda anulada porque la teoría del sociólogo alemán es teoría de otra sociedad, o bien, si prefieren, es un desprendimiento creativo de otras sociedades y las cosmovisiones allí recreadas. Visto desde hoy, la teoría del capitalismo de Marx no solo es teoría de una sociedad pasada, sino más bien, es teoría de una sociedad pasada que la sociedad presente debe redescubrir. De lo que se trataría en primera instancia es de intentar responder de una manera radicalmente contemporánea a la misma pregunta que se hizo el autor alemán, disparada en aquellos tiempos desde las limitaciones espaciales que bloqueaban todas las ópticas europeas: ¿En qué sociedad vivimos? Y recién allí, una vez esbozada una hipótesis respecto a la forma y al contenido de la estructura social singular que nos ubica en el mundo, podemos disponernos a responder a las dos preguntas antiquísimas que para Hobsbawm consumen la indagación de los estudios del cambio social: ¿De donde venimos y hacia donde vamos? (Hobsbawm, 1997). Desde ya no estoy argumentando a favor de una salida empirista. Mucho menos aún estoy promoviendo una ciencia social presentista que niega la gravitación determinante de la historia de larga duración. Más bien estoy advirtiendo, con Marx, del extravío que genera asumir la premisa de que la historia hecha teoría, en detrimento del presente hecho sociedad, puede ser la partera de una explicación de la evolución sociohistórica en curso. Es la densa materialidad renovada del presente localizado y localizador, a la vez que historizado e historizante, y no así el pasado intelectual parcialmente recubierto de un universalismo metahistórico de cuño europeo (Marx), el punto de partida para reconstruir un flujo histórico en la teoría, y con ello una teoría del cambio social arraigada en las disputas centrales del juego de apropiación que se abre desde el presente de cada localización de la sociedad mundial. Si se subordina la actualidad societal al pasado teórico, terminamos irremediablemente presos de un pasado muerto, pero reinstalado como discurso vivo en las pesadas ignorancias ilustradas de la academia, que tienden a confundir el conocimiento crítico de la sociedad con una vida de lecturas abultadas de teoría crítica. Esto último es lo peor que le puede suceder a aquellas ciencias sociales y humanidades comprometidas con la transformación de las sociedades. Seguramente Marx se hubiera horrorizado al comprobar la religiosidad paralizante que continúa envolviendo la lectura de su obra.

Decía líneas arriba, siguiendo a Marx, que el disparador de los estudios del cambio social, que desde la década del 60 del siglo XX encuentran su hogar más acogedor en la sociología, es la resolución provisional de la pregunta por la sociedad actual. Y que tal interrogante es el que organiza la indagación histórica, así como la apropiación de las diferentes fuentes teóricas, incluida la producción del gran intelectual alemán. Y entonces aquí, como paso primero, prosiguiendo mis señalamientos anteriores, lo que voy a sostener es que desde mediados del siglo XX vivimos en la primera sociedad mundial de la historia de la humanidad. Tal como lo observo, esa es nuestra sociedad actual, o, mejor dicho, nuestra sociedad de sociedades⁴. Parto de suponer que para conocer a fondo esta nueva formación social, por el grado de transformación inédita que implicó su advenimiento histórico, es necesario dar a luz un nuevo paradigma, y ya no solo una nueva teoría de la sociedad. Pero volvamos por el momento a la idea de "sociedad mundial" que mencioné. Decía que la sociedad mundial es una formación histórica advenida: se constituye promediando el siglo XX. Recién a partir de entonces se mundializan las estructuras de cada esfera nacional del planeta, tanto en el hemisferio occidental como en el oriental. No existió en los hechos una sociedad mundial hasta tanto no comenzaron a interactuar y a competir entre sí las formaciones sociales de la mayoría de las localizaciones del centro y de

³ Aquí descarto las tentativas de separar a Marx y al marxismo de la tradición sociológica. Vistas desde hoy, las considero parte de una microdiscusión intelectualista (cfr. Roggerone, 2023).

⁴ La distinción que propongo entre "sociedad" y "sociedad de sociedades" guarda un parecido de familia –sólo eso– con la diferenciación que introduce Jorge Abelardo Ramos entre "sociedad de individuos" y "sociedad de países" (Ramos, 2011).

la periferia del mundo, a partir de la generación de una serie de códigos comunes. Dicho en otros términos, las sociedades nacionales adquirieron un sustrato mundial cuando transitaron de un campo de relaciones internacionales e interregionales a un esquema nítidamente interactivo entre países y regiones, en el cual prosperaron las condiciones para que cada esfera consiga accionar con y contra las demás, a partir de impulsos relativamente autónomos (Torres, 2023). La aceleración del proceso de descolonización en el siglo XX es el gran parterro sociopolítico de este nuevo mundo, edificado como sociedad de naciones, pero no el único. En trabajos anteriores definí a la sociedad mundial como “una unidad superior que se realiza a partir de la interacción entre tres planos: i) el de la relación entre esferas nacionales, regionales y globales – concebidas como esferas inseparables e irreductibles–; ii) el de la relación centro/periferia; y iii) el de la relación entre lo moderno y lo no-moderno” (Torres, 2021a; 2021b; 2021c). Esta definición se produce a partir de activar el motor científico de un nuevo paradigma, que denominé “Paradigma Mundialista” (PM). Dicho motor entra en combustión a partir de una dialéctica de tres principios: localización, historización y mundialización⁵. No presentaré cada uno de estos elementos aquí, ya que me distraerá del objetivo central del texto, que es establecer un diálogo sustantivo con Marx, desde el presente de nuestra sociedad actual. Esto es, asumiendo la premisa contemporánea a partir de la cual el propio Marx se entregó al diálogo con sus antepasados preferidos.

A partir de la mundialización efectiva de la sociedad, que trae consigo un nuevo escenario multilocalizado y multihistorizado, la aproximación exacta al diálogo con Marx debe centrarse en la discusión en torno al sistema económico de la sociedad mundial y su desenvolvimiento histórico. Esto es, debe ponerse al servicio de la dilucidación de las formas de organización capitalistas de este entramado societal contemporáneo. Si la sociedad mundial es multilocalizada y multihistórica, más allá de cómo la reconstruyamos en la teoría, también lo es cada uno de sus sistemas, entre ellos el económico. O podríamos suponer, bajo una premisa materialista, que desde el momento en que el sistema económico capitalista se mundializa en el siglo XX hasta asumir una forma multilocalizada y multihistórica relativamente nítida, la sociedad mundial también se va moldeando en tales términos. Tal como señalé, la nueva economía de la sociedad mundial la vengo conceptualizando a partir de la categoría de “sistema intercapital” (Torres, 2019; 2022a; 2022c). Y es precisamente la joven morfología de este sistema la que ahora nos exige reelaborar, en el siglo XXI, una explicación sobre el devenir total del capitalismo a partir de su primera configuración industrial. De este modo, lo que debe revisarse a partir de la tarea reconstructiva que demandan los estudios del cambio social es la teoría del capitalismo de Marx a la luz, en este caso, del “sistema intercapital”, en tanto conceptualización incipiente del nuevo sistema capitalista de la sociedad mundial. Desde una sociología del cambio social, toda crítica teórica se apoya paradigmáticamente en el señalamiento de dos tipos de déficits: el de la *desactualización*, a partir de reconocer la gravitación de un “principio de especificidad histórico”, el mismo que Wright Mills le adjudica a Marx (Wright Mills, 2012) y que ya comenté líneas arriba; y ii) el de la *deficiencia originaria*, que por supuesto es lo que da sentido a la idea de que el presente ilumina el pasado más de lo que el pasado devela el presente. Analizaré de aquí en adelante cómo estos planos de la crítica pueden ser aplicables a Marx, en relación a algunos aspectos significativos de su teoría del capitalismo. Desplegaré el análisis a partir de introducir algunos supuestos básicos que anidan en la noción de “sistema intercapital”, y a partir de ello definiré lo que considero es la visión marxiana del asunto. El concepto de “sistema intercapital” no excluye a la teoría marxiana del capitalismo (cfr. Patriglia, 2023) sino que la integra parcialmente en una nueva forma.

⁵ Esta propuesta de renovación paradigmática la esbozo por primera vez en el libro “La gran transformación de la sociología”, y de allí en mas viene evolucionando al ritmo de los debates que está generando (Torres, 2021a; 2021b; 2022c; IIGG, 2021; CLACSO, 2021; PUCP, 2021). El Paradigma Mundialista no es un nuevo paradigma marxista o un paradigma destinado a “completar” a Marx. Se trata mas bien de una propuesta de renovación paradigmática que integra a Marx y al marxismo heterodoxo, en vez de excluirlos. Se trata de una fórmula que opta por procesar el genio de Marx y de cualquier gran autor a partir de la historia localizada y multilocalizada de la región y del mundo.

SOBRE LA GÉNESIS DEL CAPITALISMO: DE LA LÓGICA DE SUCESIÓN ÚNICA A LA MULTILocalIZACIÓN ENRELAZADA

Al poner en marcha la dialéctica materialista del Paradigma Mundialista (PM), que articula a partir de un todo integrado los principios de localización, de historización y de mundialización, algunas de las premisas mas elementales que anidan en la historiografía económica y las teorías modernas del capitalismo tienden a resquebrajarse. Uno de los tópicos sensibles tiene que ver con la emergencia del capitalismo. Visto desde el PM, la progresión temporal que provoca al advenimiento del capitalismo moderno como forma de organización económica en la sociedad mundial (mediados del siglo XX en adelante), y anteriormente, en las sociedades globales (siglo XVIII-principios siglo XX), no solo se despliega a partir de una *multilocalización histórica* sino que directamente remite a ella. Es decir, la existencia socioeconómica del mundo es en cada instante multilocalizada y multihistórica. Asumir esta premisa implica reconocer que nunca hubo una sucesión eslabonada de eventos y de formas de organización “prehistóricas” que, en buena medida, prepararon el advenimiento del capitalismo industrial en el centro de Europa. Y una vez realizado allí, dicha forma de organización capitalista tampoco desactivó toda vida económica previa. Finalmente, el nuevo reinado económico noreuropeo se propaló hacia el mundo todo, pero no lo hizo deglutiendo el conjunto de las economías y sociedades del planeta para así crear un sistema capitalista mundial único. Lo que aparentemente ocurrió, en cambio, es que las progresiones capitalistas se activaron, a su turno, desde cada una de las localizaciones involucradas en el campo relacional que fijó inicialmente Inglaterra, y desde entonces fueron prosperando de una forma unificada en su racionalidad abstracta, a la vez que nitidamente diferenciada en su núcleo organizativo. Este modo de ver el asunto, a la vez localizado y multiperspectivado, ya se insinuaba en la crítica que esbozan Haya de la Torre y Raul Scalabrini Ortiz en la primera mitad del siglo XX a la teoría del imperialismo de Lenin (1973). Ambos intelectuales latinoamericanos sostendrán, polemizando con el líder soviético, que en América Latina el imperialismo no representaba la fase última o superior del capitalismo, sino su realización primera (Haya de la Torre, 2010, Scalabrini Ortiz, 1981). Lo que ambos autores del Sur global no estuvieron en condición de percibir es que ese primer momento capitalista en el continente latinoamericano no estaba destinado a replicar o a espejar un capitalismo industrial en la periferia, sino que iba a crear en la mayoría de los casos un capitalismo de commodities como una nueva forma de organización económica capitalista articulada al sistema industrial europeo. Por lo tanto, como decía, lo pre-capitalista no sólo fue progresando desde, hacia y para dicho Imperio y las restantes localizaciones dominantes. Cuesta asumir que no hubo una génesis histórica para un único capitalismo moderno. La multilocalización invita a observar el modo en que se fueron revolucionando las estructuras económicas en cada una de las esferas nacionales, atendiendo en primera instancia a la sucesión de eventos “locales” a partir de la cual se van constituyendo las especificidades históricas y estructurales. Dicho en otros términos, lo que representa lo “interno” para una localización determinada nunca podría serlo en y desde otra. O sea, los impulsos intelectuales desplegados desde cada esfera social fijan inexorablemente una demarcación adentro/afuera. No se trata de una potestad exclusiva de las esferas sociales dominantes de la sociedad mundial. En este caso, lo que permitiría esclarecer el núcleo del principio de realidad de cada esfera nacional es precisamente la detección de la situación que permite el nacimiento de un determinado capitalismo en su espacio y tiempo social “interno”, ya sea que consideremos que el impulso que finalmente lo crea proviene principalmente de “afuera” de dicha esfera nacional o se localiza “dentro” de ella. No está de mas recordar que a lo largo de la historia mundial siempre ha sido un motivo de arduas disputas la búsqueda por imponer, desde cada localización, el relato legítimo respecto al modo en que se configura el mapa de incidencias externas e internas que conforman una determinada forma, un proceso o un sistema social.

El materialismo histórico que recrea el Paradigma Mundialista difiere de las diferentes explicaciones que ofrece Marx sobre el origen del capitalismo moderno. En el núcleo de su teoría Marx asume una lógica de sucesión única, en tanto el flujo de tránsito de cada camino evolutivo es de una sola vía y todos ellos terminan conduciendo, directamente o por defecto, al capitalismo moderno europeo. Esto termina sucediendo aún contemplando las singularizaciones espaciales y temporales que introduce el autor en algunos textos de publicación más reciente. Para el sociólogo alemán la diversidad precapitalista del planeta es la antesala del capitalismo europeo, y, una vez allí, la historia que anidará en su teoría moderna del cambio social no es mas

ni menos que la historia de Europa del norte y de la europeización contradictoria del mundo. Dificilmente podría haber sido de otro modo en aquel momento. Engels da en el clavo cuando reconoce que “la ley de evolución de los sistemas de producción es la tendencia al desarrollo de la propiedad privada de los medios de producción, a partir de múltiples formas de propiedad común” (Engels, 2017: 34). En la arqueología que ofrece Marx de la sociedad moderna se constata, como resolución dominante, un movimiento que va de lo múltiple pre-capitalista, realizado en los planos intra y extra europeo, a un modo único de organización capitalista moderno. Ahora bien, este esquema evolutivo imaginado se efectúa sin resolver en la teoría el interrogante respecto al proceso de determinación recíproca que interviene entre los modos pre-capitalistas de producción y el modo de producción capitalista industrial, una vez constatado el despliegue de la primera ola globalizadora desde el Reino Unido. Por lo tanto, lo que aquí denomino “lógica de sucesión de modos de producción”, sería, en términos más exactos, una lógica de agregación de modos producción endógenamente determinados, que, a partir de una forma de determinación intranacional, ofrece el antecedente abstracto y desarticulado de la emergencia del capitalismo moderno. Posiblemente sin proponérselo, Hobsbawm termina dando cuentas del desvanecimiento relacional que acompaña la narrativa evolutiva pre-capitalista de Marx: “La teoría general del materialismo histórico exige solo que haya una sucesión de modos de producción, no necesariamente de cualquier modo en particular, y quizás no en un orden predeterminado en especial” (Hobsbawm, 1971: 19). Lo que asoma en el relato evolutivo del sociólogo alemán es una sucesión de modos indefinidos, desordenados, unilocalizados, y por lo tanto desconectados causalmente del devenir económico de otras localizaciones. El carácter aislado que adquiere esta resolución sin dudas tiene que ver con el lugar que ocupa la teoría de la explotación del trabajo en la conceptualización marxiana del capitalismo.

En cualquier caso, podríamos suponer que el hecho de que Marx no se hubiere ocupado de los vínculos desiguales y combinados que efectivamente se establecían entre las diferentes economías nacionales del mundo en la segunda mitad del siglo XIX no le trajo mayores problemas para el diagnóstico societal que necesitaba delinear del escenario europeo. Su relato restringido al parecer fue suficiente para alimentar una imaginación revolucionaria con posibilidades ciertas de incidir en la política europea. Hay pocas comunidades intelectuales, por más de izquierdas que se autodefinan, que estando arriba en la balanza de poder entre países se preocupen seriamente por desplegar una crítica a esa relación de asimetría que les juega a favor. Reconozco al menos dos motivos por los cuales este sesgo no relacional en la concepción de los vínculos de estructuración entre países no le provocó mayores inconvenientes a Marx en la segunda mitad del siglo XIX. El primero, porque el centro capitalista de Europa coincidía con el centro del mundo, y por tanto, partiendo de una premisa difusionista elemental, ya resultaba suficiente con mirarse a sí mismo para suponer como sería el mundo de mañana⁶. Y el segundo motivo es que la intensidad de las interdependencias materiales entre las diferentes esferas nacionales del planeta era por entonces en extremo baja en comparación con lo que serían menos de un siglo después. La mundialización de la economía no solamente no se había producido sino que su futura aparición resultaba completamente impensable en aquellas décadas. Marx muere en un momento en el cual el poder de dominación global de Europa aún no había alcanzado su cénit, y nada hacía pensar que sólo tres décadas más tarde ese monumental bloque de poder regional expansivo, quizás el más poderoso de la historia de la humanidad, comenzaría su declive acelerado (Hobsbawm, 1989). Pero lo cierto es que una vez mundializada la sociedad y su economía capitalista en el siglo XX, este déficit de relacionamiento internacional de la obra de Marx tendrá consecuencias de hondo calado para aquellos que pretendieron usar la teoría del cambio social del sociólogo sin someterla a la situación presente de su localización de referencia en la sociedad mundial.

En sus trabajos, Marx esboza diferentes esquemas de sucesiones de modos de producción que, de una o otra manera, conducen a la formación social capitalista. Si bien tiene poco sentido perderse en la micropasión filológica de intentar descubrir cual podría haber sido la versión más convincente para el propio Marx (la empresa completamente estéril de dar con el “Marx verdadero”), la enumeración evolutiva más popularizada involucra hasta siete formas económicas: la comunidad primitiva, el modo de producción asiático, el modo de producción antiguo, el modo de producción esclavista, el modo de producción germánico,

⁶ Exactamente este mismo supuesto explica, en mi visión, porqué Wright Mills ciñe su análisis sociológico de la élite del poder exclusivamente a la sociedad norteamericana. El sociólogo crítico observó la élite nacional, pero del país más poderoso del planeta (Wright Mills, 2000).

el modo de producción feudal y, finalmente, el modo de producción capitalista (Marx, 1971). A diferencia de Weber, que reconocía la existencia de formas capitalistas previas al capitalismo industrial moderno (a las cuales llamó “capitalismos irracionales”) (Weber, 1997), para Marx el capitalismo como modo de producción prácticamente nace europeo, moderno e industrial. Y el hecho de conceptualizar todos los modos de producción a partir del tipo de explotación laboral que se establecía hacia el “interior” de una esfera nacional o regional dada, prácticamente pulverizó la atención a los enlaces causales que existían entre los diferentes modos de producción que se reproducían en las diferentes esferas nacionales. Para Marx, todo comienza y termina en la relación de explotación del trabajo: el modo esclavista se basaba en la explotación de esclavos por amos, el modo de producción feudal en la explotación del campesinado por parte de la aristocracia y los terratenientes, el modo asiático se organizaba a partir de la explotación de las comunidades aldeanas por el poder despótico del Estado, y así seguiríamos hasta llegar al modo de producción capitalista -el objeto de su teoría del cambio social- en el cual los trabajadores asalariados son salvajemente explotados por los capitalistas en las grandes empresas privadas industriales de las contaminadas ciudades modernas. En estas conceptualizaciones de Marx no hay un solo factor “externo” a determinada esfera social nacional que incida estructuralmente en la organización de los modos de producción. Lo cierto es que estos diferentes regímenes económicos, así definidos por el autor, generan un triple efecto de deslocalización, de deshistorización y de desmundialización. Visto desde hoy, podríamos decir que Marx no reconoce ninguno de los tres principios fundantes del motor científico del Paradigma Mundialista. Desde ya no es una ausencia que podríamos adjudicarle exclusivamente a Marx, sino más bien al bloque originario del pensamiento social moderno en su conjunto. La conceptualización molecular que Marx ofreció permitió que los países relegados del mundo, largas décadas más tarde, consideraran que su forma de organización económica específica podría comprenderse aplicando la misma fórmula abstracta de oposiciones microrelacionales. Salvando las enormes distancias, algo similar ocurrió con la recepción de la teoría de los campos de Pierre Bourdieu (1992) en América del Sur.

Como vimos, la explotación del trabajo no nace para Marx con el capitalismo. Esta premisa prácticamente se eleva hacia una terraza metahistórica, para desde allí concretar aquel axioma más genérico plasmado en el Manifiesto Comunista y que desde entonces lleva millones de repeticiones: la opresión de una clase por otra, o bien la explotación del hombre por el hombre (*sic*), es un atributo común a todas las sociedades a lo largo de la historia (Marx y Engels, 2008). Este sesgo molecular y proclive a la abstracción deshistorizante de la teoría marxiana de la explotación laboral lo vio con claridad Pablo González Casanova. El sociólogo mexicano sugirió ampliar el campo de observación de la explotación para así poder registrar las relaciones de opresión entre países dominantes y subalternos en la sociedad mundial (González Casanova, 2006). La idea de “crítica” que acuña Marx también se puede microlocalizar en las relaciones de explotación del trabajo. Por lo tanto, la propuesta restringida de historización marxiana de las sociedades es consecuente con su axioma ya comentado, centrado en la premisa de que la historia se ilumina a partir de la crítica (o la autocrítica) del presente de una sociedad histórica. De este modo, si la crítica de Marx está centrada en la impugnación de la explotación entre clases de individuos en el espacio nacional del capitalismo industrial, resulta esperable que su reconstrucción del universo histórico precapitalista se defina a partir de la identificación de las diferentes formas de explotación previas del mismo tipo en espacios locales o nacionales. Constatada la coherencia de esta resolución, podríamos suponer entonces que el déficit de internacionalización relacional de la teoría evolutiva que ofrece de las sociedades, antes que alojarse en su historización de larga duración, a partir del mosaico de modos de producción precapitalistas, es un déficit vinculado al modo en que conceptualiza su sociedad contemporánea. En todo caso, lo que genera la historia pre-capitalista que traza el autor es la plena confirmación del sesgo molecular de su mirada de las sociedades.

Las fases históricas de las sociedades entendidas como formaciones económicas, que Marx reconstruye en un plano descriptivo, no solo se orientan a explicar la génesis del capitalismo europeo, sino que a la vez apuntan a la reescritura de una historia localizada de Europa. No se trata de una narrativa multilocalizada de la evolución social europea, y desde ya mucho menos de una historia mundial, la cual demandarían la reconstrucción de las historias irreductibles de los diferentes continentes del mundo, las cuales luego deberían ser agrupadas y enlazadas en términos causales desde un principio de unificación general. La

historia social que ofrece Marx es una vía al capitalismo industrial a la vez mas restringida y mas normativa. La sucesión de modos de producción que vuelca, como en un *container*, la prehistoria del mundo en el corazón de Europa conlleva –en palabras de Engels- un tránsito de la barbarie a la civilización (Engels, 2017). Mientras que Darcy Ribeiro y algunos estudios mas recientes de historia mundial observan la evolución histórica mundial a partir de una puja de larga duración entre civilizaciones, sin preadjudicar un status superior a ninguna de ellas, y a partir de allí concibe la historia de la dominación europea de los siglos XVIII y XIX como un mojón más de una historia universal (Ribeiro, 1968; Hobson, 2004), para Marx la civilización será centralmente europea y la historia que la explica prácticamente se inicia con la revolución industrial. Es con el capitalismo moderno que la civilización comienza a elevarse, y lo hace a partir de una revolución tecnológica y de los impulsos emancipatorios de un proletariado organizado en vías de ilustración. La existencia social anterior a esta experiencia moderna será para Marx la prehistoria del capital, entendida como prehistoria del mundo. No hay que perder de vista la potencia social capilarizada que asumen los nacionalismos en Europa por esos años, particularmente el alemán, los cuales se recrean de forma expansiva a la sombra de la dominación librecambista inglesa (Gellner, 1983). De ese influjo nacionalizador no escapan los internacionalismos de la época. El sociólogo alemán alcanzó a observar el avance de la globalización capitalista industrial europea, pero no llegó a vivir en una sociedad mundial. Como podrán imaginar, esta cuestión de la vivencia y de los horizontes de observación que habilita resulta determinante. Luego el marxismo del siglo XX, que sí se forja en el estadio de mundialización de la sociedad y de la economía capitalista, se dedicó mayoritariamente a interiorizar de forma acrítica los esquema de determinación intranacionales de los modos de producción de Marx. La asimilación reproductiva de dicho reduccionismo sin lugar a dudas resultó más problemática para los países periféricos que para los centrales.

Lo que nos va a enseñar la sociedad mundial como realidad contemporánea, a partir de su reciente teorización, es que el capitalismo como entramado económico no evolucionará exclusivamente a partir de una sucesión de modos de producción, como sostuvieron Marx y Engels, y luego replicaron Hobsbawm y Godelier, entre otros (Hobsbawm, 1971; Godelier, 1972), sino también, y principalmente, a partir de la coexistencia articulada entre modos de producción capitalistas. No me refiero simplemente a una variedad de capitalismo (“varieties of capitalism”) entendida como formas económicas diferenciadas y potencialmente realizables en una esfera nacional o regional (Boyer, 2016; Hall y Soskice, 2001; Amable, 2003; Lane & Myant, 2007), sino también –y sobre todo- a un nuevo marco ampliado de relaciones entre sistemas capitalistas céntricos y periféricos, estructurado a partir de un grado superior de interdependencia entre cada uno de ellos⁷. Dicho en otros términos: para explicar la estructura y la dinámica de la diversidad de capitalismo en América Latina es necesario prestar atención a la estructuración desigual y combinada entre los capitalismo latinoamericanos y las formaciones económicas de las esferas nacionales centrales. Se trata de un punto de observación mundial que Raúl Prebisch, y luego Cardoso y Faletto, producto de sus compromisos identitarios –y en menor medida políticos-, no consiguieron desarrollar en las décadas del 60 y del 70 (Prebisch, 1981; 1987; Cardoso y Faletto, 1973). Lo cierto es que el siglo XX propició una multilocalización económica capitalista -interactiva e integrada- en una sociedad mundial. De este modo, lo que se despliega con una potencia social ascendente e inusitada en el siglo XX, articulado a las clásicas relaciones de poder intranacionales, son precisamente las relaciones interactivas de poder entre los centros y las periferias de la sociedad mundial.

⁷ Mi visión de la pluralidad articulada de modos de producción sintoniza con la crítica que Ernesto Laclau efectuó a la teoría del capitalismo de André Gunder Frank a principios de la década del 70 del siglo XX. Contra Frank, Laclau dirá, precisamente, que hay múltiples modos de producción al interior del sistema capitalista mundial (Laclau, 1971). Lo que la perspectiva marxista del intelectual argentino desconoció es la diversidad capitalista contenida en dicha multiplicidad.

LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL CAPITALISMO (I): NACIONALIZACIÓN, GLOBALIZACIÓN Y MUNDIALIZACIÓN

Visto desde la nueva sociedad mundial, el tránsito histórico del capitalismo industrial como sistema económico nacional al capitalismo como metasisistema mundial se concretó a grandes rasgos a partir de la sucesión de tres estadios: el de la nacionalización, el de la globalización y el de la mundialización. El momento de la nacionalización capitalista industrial se estructuró a partir de una *lógica de propulsión interna* (siglo XVIII-principios del siglo XIX), el de la globalización capitalista a partir de una *lógica de integración complementaria* (principios del siglo XIX-principios del siglo XX), y el tercer momento, el de la mundialización capitalista, a partir de una *lógica de interactividad asimétrica* (mediados del siglo XX en adelante). En el primero, el sistema capitalista industrial es nacional, se localiza en el norte de Europa y comienza a moldear el mercado económico internacional a partir de un lento intercambio con otros sistemas económicos no capitalistas (Davis, 1966). En el segundo estadio, los capitalismo industrial de los países centrales de Occidente inician un proceso globalizador, se globalizan desde arriba en plural, para lo cual resultó necesario subsumir a los países no europeos en un mercado económico común (Hobson, 1902). Esto último conllevó la reconversión paulatina de los países del Sur en sistemas capitalistas periféricos, dependientes de las materias primas, no industriales, dotados de una matriz complementaria a la industrial de los países centrales. Dicho de otra manera: en este segundo estadio se impuso desde el centro la exigencia de una capitalización diferenciada de la periferia, que se fue realizando de forma dispar. Y esta especificidad capitalista periférica fue en buena medida moldeada por las reglas del comercio impuestas por los países del centro en el nuevo mercado internacional. Este momento de globalización de los sistemas capitalistas industriales lo denominé "metasisistema global", y es entonces que se crea el mercado global, globalizado y globalizador.

Finalmente, el estadio de la mundialización, actualmente en curso, se inicia a mediados del siglo XX a partir del avance de los impulsos de industrialización capitalista de los países periféricos. Estos últimos vinieron acompañados, en sus expresiones autonomistas, de la fijación de políticas proteccionistas para el desarrollo industrial, replicando y adaptando las fórmulas ya empleadas por Inglaterra en el estadio de nacionalización. A partir de entonces en el escenario sistémico del capitalismo es posible reconocer la existencia de al menos tres tipos de capitalismo que interactúan entre sí: el capitalismo industrial, el capitalismo de commodities y el capitalismo informacional. Desde mediados del siglo XX, el primero se realizará en su forma dominante en el centro, pero también se recreará bajo una forma diferenciada en países y regiones periféricas. El segundo, por su parte, se materializará exclusivamente en la periferia mundial, y el tercer tipo adviene a partir de la década del 80 del siglo XX, muy principalmente en los países centrales de la sociedad mundial (Torres, 2022a; 2022b). Las emergencias industriales periféricas trastocaron la lógica rectora que estructuraba el "metasisistema global", pasando, tal como indiqué, de una dinámica de complementación supeditada a una lógica de interactividad y de competencia capitalista asimétrica entre sistemas, que, de modo fluctuante, se iba activando y desactivando al compás de la evolución del juego de apropiación mundial. La novedad central que trajo consigo este tercer estadio es la integración de las economías periféricas en el campo de la competencia internacional, sobre todo las formaciones económicas de la región del Asia-Pacífico. A partir de este gran desplazamiento hace su aparición el "metasisistema mundial" o "sistema intercapital" (Torres, 2019; 2022b). No se puede explicar el advenimiento de esta nueva constelación mundial interactiva sin la previa fractura de la estructura de poder colonial, provocada en su expresión visible por los movimientos avanzados de descolonización, luego de las guerras mundiales. Este nuevo sistema económico histórico es mundial y ya no global porque la fuente de activación del proceso de evolución económica se multilocaliza⁸.

Un punto central de esta dinámica de cambio económico estructural es que se recrea a partir de una lógica de agregación de movimientos. Cada estadio integra al anterior, convirtiendo lo que era un estadio en un tipo de proceso. El estadio de la globalización se resuelve a partir de un proceso de acoplamiento y desacoplamiento entre impulsos de nacionalización y de globalización, y el estadio de la mundialización se resuelve a partir del entrelazamiento de cuatro tipo de impulsos: nacionalización, globalización,

⁸ Para un desarrollo algo más detallado de estos tres estadios, así como del corpus bibliográfico que lo sostiene, ver Torres, 2023.

regionalización y mundialización. Como pueden observar aquí, en este último estadio aparece un componente extra: la regionalización. El estadio de la mundialización agrega casi de inmediato a la regionalización como un proceso novedoso. Se trata del único proceso que no preexistía como estadio y que, hasta el momento, pese a su expansión como forma y como dinámica, no tiene posibilidades de hacerlo. La regionalización económica conlleva la realización de un agrupamiento internacional restringido, por lo general entre países que mantienen entre sí vínculos de proximidad territorial (Buelens, 1992). No hay que perder de vista que cada uno de los estadios mencionados, en relación al conjunto y a cada proceso, se estructura a partir de dos de los tres principios del Paradigma Mundialista (PM): localización e historización. Ello me permite indicar que cada impulso está localizado en uno o mas puntos, y que igualmente activa una historización singular. Me detendré aquí con la presentación de la dimensión económica de la sociedad mundial, abordada desde el PM. Creo que los elementos explicitados resultan suficientes para poder avanzar en el diálogo con el relato evolutivo de Marx.

Lo primero que habría que indicar es que la producción teórica de Marx se despliega materialmente en el siglo XIX, en el estadio de globalización capitalista de los países centrales de Europa. Ello invita a suponer que los mecanismos de explicación del cambio social que ofrece Marx no están en condiciones de explicar el modo en que las globalizaciones económicas capitalistas sientan las bases para el advenimiento del estadio de la mundialización, aproximadamente medio siglo después. La certeza de esta imposibilidad la percibe Raúl Prebisch, quien señalará que “como quiera que fuere la validez teórica de las contradicciones señaladas por Marx en el funcionamiento del capitalismo de los centros, y por poderosa que fuese su penetración intelectual, no pudo predecir las contradicciones del capitalismo periférico” (Prebisch, 1981: 20). Es relativamente sencillo comprobar que Marx se ocupa de la globalización del capitalismo europeo y no de la mundialización de la economía del siglo XX. Cuando alude a la “extinción de la base nacional de la industria a partir de la expansión de la forma de trabajo capitalista a cada vez más regiones” (Marx y Engels, 2008), se refiere a la base nacional europea, sin haber podido observar por esos años como la progresión de la expansión capitalista europea terminó generando la emergencia de bases industriales nacionales en diferentes localizaciones periféricas de la sociedad mundial. Y de hecho hay que leer con cuidado lo que significa esa idea de “extinción nacional”. A partir del nuevo mercado mundial no hay desaparición de la base nacional de la gran industria capitalista, como sugieren Marx y Engels en el “Manifiesto” (Marx y Engels, 2008). Lo que hay, mas bien, es una expansión global de base nacional-céntrica. La gran industria de los países capitalistas centrales, pese a su internacionalización, continuó sujeta a una localización nacional. Avisorar este registro resulta clave para poder entender la gravitación de los procesos de extranjerización de la economía en América Latina a partir de la segunda mitad del siglo XX, así como las dificultades experimentadas por los Estados latinoamericanos para el control político y económico de estas grandes empresas de capital extranjero. De este modo, la extinción de la base nacional, en los términos de Marx, no sería el fin de la localización nacional de un determinado despliegue industrial, sino, en todo caso, de un esquema orientado a la autodeterminación económica de los países. La premisa marxiana de la extinción de la base nacional de la industria tiene su correlato en la consigna subsidiaria de que “los obreros no tienen patria”, igualmente explicitada en el Manifiesto. Sin la realización imaginaria de este impulso espiritual no se terminaría de realizar el primer movimiento económico. Ahora bien, aquí, para poder acceder al trasfondo de tal premisa internacionalista es menester concretizar lo que he llamado desde el PM “principio de localización”. No solo habría que decir que toda clase obrera esta localizada, sino que aquello que diferenciará sustancialmente una clase de individuos obreros de otra es si su localización se corresponde con un capitalismo industrial avanzado, o bien con alguna otra forma económica de la periferia. Y lo que podríamos señalar, retrotrayéndonos al siglo XIX, es que las fracciones obreras que estaban en condiciones a la vez materiales y culturales de levantar la bandera de la internacionalización eran precisamente aquellas que formaban parte activa de un sector industrial que había iniciado su proceso de expansión internacional. Y tal ensanchamiento empresarial no necesariamente se producía en detrimento de los trabajadores de los países centrales, precisamente porque conservaba intacta o bien robustecía su base nacional. Comentando esta premisa marxiana, Jorge Abelardo Ramos dirá lo siguiente:

Los obreros no tienen patria en aquellos países en que, como los del Viejo Mundo, se ha realizado hace mucho tiempo la revolución nacional burguesa; en aquellos países que constituyeron victoriosamente la nación, consolidaron sus fronteras, se emanciparon del pasado feudal y alcanzaron los grados más altos de la civilización y la cultura. Justamente por esa razón, en esos países donde la burguesía realizó históricamente todos sus fines y estableció el régimen capitalista que ya ha comenzado su decadencia, la nación comienza a perder su justificación histórica, las fronteras se vuelven obstáculos para la expansión de las fuerzas productivas... (Ramos, 1973: 47)

Al menos dos factores confluyeron para que Marx terminara asumiendo una serie de premisas sobre la evolución de la primera globalización industrial capitalista desde el norte de Europa que, a la luz de los hechos desencadenados a posteriori, resultaron ser falsas. La primera de ellas es que tal proceso expansivo se encontraba en un estado de despliegue incipiente, y la segunda es que el genio alemán observó el fenómeno exclusivamente desde el punto de origen de la industrialización en Europa, y en particular desde Inglaterra. Por lo tanto, aquí se combinarán dos limitaciones: una propiamente histórica, en cierto modo insalvable, y otra de perspectiva, atribuible parcialmente a Marx, que se genera por un tipo de sujeción específica a determinada localización⁹. Ambas tallan en el núcleo de la teoría europea del cambio social que construye el sociólogo alemán. En concreto, Marx terminará asumiendo en alguno de sus textos que el avance de la primera oleada de integración capitalista industrial desde arriba, desde el Reino Unido, y la marcada reestructuración del comercio internacional que tal proceso expansivo estaba produciendo, provocaría i) la uniformidad de la producción industrial en toda esfera nacional y toda localización involucrada, y a partir de ello ii) la desaparición de los antagonismos entre las naciones. Estas falsas premisas quedan contenidas en la siguiente afirmación del Manifiesto:

El aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que le corresponden. (Marx y Engels, 2008: 54)

A partir de esta oración no habría que concluir que para Marx -y Engels- la desaparición de los antagonismos entre países se produciría automáticamente, a partir de la instauración de un único modo de producción capitalista en el mundo, por el simple hecho de que el capitalismo en cada país generaría el traslado del campo total de antagonismos de la nación al enfrentamiento molecular entre clases de individuos en las relaciones sociales de producción cristalizadas en dicho territorio. Más bien lo que los autores estarían indicando es que la progresión del modo de producción capitalista, con la activación correspondiente de múltiples situaciones de lucha de clases, provocaría, por la victoria política del proletariado organizado, la futura abolición de la explotación entre clases de individuos. Y que está última, a posteriori, traería consigo la abolición de la explotación de una nación por otra. En palabras simplificadas de Marx:

En la misma medida en que sea abolida la explotación de un individuo por otro, será abolida la explotación de una nación por otra. Al mismo tiempo que el antagonismo de las clases en el interior de las naciones, desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí. (Marx y Engels, 2008: 55)

Si bien aquí no quisiera avanzar en una crítica a esta dinámica marxiana de segundo orden, simplemente cabe indicar que a lo largo del siglo XX hemos podido comprobar que i) *no se corroboró la primacía de la explotación de clases*, y luego que ii) *no necesariamente hubo una correspondencia positiva entre un tipo de explotación y otra*. Si nos situamos en América Latina, es posible comprobar, por ejemplo, que la reducción de la explotación de las fuerzas del trabajo en los gobiernos de Perón (Argentina), de Getulio Vargas (Brasil), de Salvador Allende (Chile) y más recientemente de Evo Morales (Bolivia), se hizo posible a partir de reducir la explotación de los países dominantes –y en particular de las empresas multinacionales extranjeras– sobre estos últimos. Aquí me refiero a la dinámica de cambio en la propiedad de los medios de producción, a la captación del excedente y a su distribución. Y luego, en relación a la ausencia de correspondencia positiva, es posible constatar que la reducción de la explotación entre clases moleculares al interior de una formación

⁹ No puedo más que acordar con la siguiente opinión de Jorge Abelardo Ramos: "Recordemos que Marx fue un europeo genial, pero europeo al fin, condicionado por el estado de los conocimientos, los códigos éticos, los prejuicios de su época y la cultura general de la Europa del siglo XIX" (Ramos, 1973: 45).

nacional céntrica, con la consiguiente igualación social que ello trajo aparejado, se ha podido sostener en varios casos a partir del incremento de la explotación y la profundización de la desigualdad social entre esa misma nación y otras bajo su influjo. Otras combinaciones relacionales entre tipo de explotación también son posibles. Lo cierto es que a lo largo de la historia mundial nunca se suprimieron los antagonismos entre los pueblos, ni entre los sistemas económicos nacionales de los diferentes países centrales y periféricos que se encontraban circunstancialmente enlazados. Aquí no quisiera ser injusto con el genio de Marx. Es por ello que me refería arriba a un tipo de limitación histórica que toda vivencia intelectualizada trae consigo, por más penetrante que resulte. En mis términos, esta limitación insuperable de toda existencia social e intelectual no implica asumir una relativización absoluta del conocimiento sino más bien un *materialismo localizado, historizado* y, a partir de la mitad del siglo XX, *mundializado*. Es probable que en tiempos de Marx hubiera resultado verosímil suponer que en la carrera triunfal del capitalismo metropolitano europeo hacia los continentes periféricos, la expansión de tales fuerzas productivas podrían terminar introduciendo el mismo modo de producción capitalista en todo el planeta y, con ello, formando un vigoroso proletariado mundial capaz de poner fin a la dominación de tal régimen. Pero ya a mediados del siglo XX, a partir de la mundialización del capitalismo y de la gravitación estructural de los movimientos de liberación nacional de la periferia mundial, se archicomprobó el carácter ilusorio de ese horizonte de expectativa originario. El mundo cambió drásticamente en pocas décadas, quizás como nunca antes, y ningún teórico del cambio social del siglo XIX -Marx incluido- tuvo como anticiparse a ello.

En cualquier caso, como vimos, la premisa marxiana del fin de la explotación combinada entre clases y países se sostiene sobre la tesis de la penetración y la posterior recreación planetaria de un modo único de producción capitalista. Es la comprobada falsedad de esta última premisa la que hecha por tierra a la primera. Cuando Marx y Engels reconocen que “La burguesía, a través de su explotación del mercado mundial, ha configurado de manera cosmopolita la producción y el consumo de todos los países” (Marx y Engels, 2008), no estuvieron en condiciones de advertir que finalmente la burguesía industrial europea terminó coproduciendo a partir de mediados del siglo XX otras “burguesías industriales” en la periferia, que por momentos se le opusieron a las primeras en el marco de un juego de apropiación ampliado, a la vez interactivo y asimétrico. Por lo tanto, no solamente “no hay *una* burguesía y *un* proletariado, ni existen *dos* intereses, ni estos son siempre y necesariamente antagonistas¹⁰” (Ingenieros, 2013: 79), sino que existen agrupamientos empresariales de diferentes países del Norte y del Sur que en más de una ocasión se oponen entre sí (no solo “cooperan”). Y luego también proliferaron los proletariados que consiguieron enfrentarse de diferentes modos. Cierto también resulta que a partir del impulso de la primera globalización capitalista, Europa “se forja un mundo a su imagen y semejanza” (Marx y Engels, 2008: 36), pero ello no va a significar la creciente reproducción en el planeta extra-europeo del mismo modo específico de producción. En “El Capital” Marx atiende a la reproducción de diferencias sociales y económicas entre localizaciones europeas y periféricas, pero procesadas a partir de un único modo de producción industrial:

[...] tan pronto como los pueblos cuyo régimen de producción se venía desarrollando en las formas primitivas de la esclavitud, prestaciones de vasallaje, etc., se ven atraídos al mercado mundial, en el que impera el régimen capitalista de producción y donde se impone a todo el interés de dar salida a los productos para el extranjero, los tormentos bárbaros de la esclavitud, de la servidumbre de la gleba, etc., se ven acrecentados por los tormentos civilizados del trabajo excedente. El efecto del intercambio desigual es —en la medida que le pone obstáculos a su plena satisfacción— el de exacerbar ese afán de ganancia y agudizar por tanto los métodos de extracción del trabajo excedente. (Marx, 2022: 176)

Marx sostuvo también, en sus estudios preliminares sobre la dominación británica en la India, que el capitalismo inglés del siglo XIX, al destruir las viejas artesanías hindúes mediante la introducción del ferrocarril y los artículos manufacturados en Gran Bretaña, creaba las condiciones técnicas para la incorporación de la India a la producción capitalista (Marx, 1974). Con ello se refería a la integración en un único modo de producción capitalista industrial. También es cierto —hay que decirlo— que en algunos pasajes

¹⁰ Cursivas del autor

menores de su obra, Marx reconoce la existencia de una otredad no capitalista que se convierte en condición de posibilidad del desarrollo del capitalismo industrial europeo. Señalará, por ejemplo, al observar el caso de Irlanda, que el efecto centralizador de la gran industria es responsabilidad de Inglaterra, la cual “se torna el taller del mundo, forzando a los demás países a volver a la más ruda agricultura, divorciada de la manufactura” (Marx, en Zavaleta Mercado, 2011: 64). Pero este mundo agrario periférico enlazado al capitalismo industrial, como expresión estructural de una economía nacional, no será para Marx la manifestación de otro modo de organización capitalista. Y lo que precisamente permite señalar la posterior mundialización de la economía a mediados del siglo XX, a partir de la creación del sistema intercapital como metasisistema mundial, es que lo que se expandió a la gran mayoría de los países del planeta no fue un modo de producción industrial, o un modo de organización capitalista industrial, sino una única lógica capitalista de maximización de beneficios, que delimita la existencia de un mercado mundial, pero que se concretizará en cada país a partir de diferentes modos de organización capitalista. Para conseguir reconocer esta diferenciación capitalista integrada en un magma mundial único, hacía falta romper la equivalencia entre modo capitalista de producción, en singular, y mercado mundial, tal como la formuló Marx, montado en la estela antimercantilista trazada por Adam Smith a fines del siglo XVIII (Smith, 2012).

Mundialización material y mundialización negada

Una vez situados en el estadio de mundialización capitalista, y ya no en el correspondiente a las globalizaciones del siglo XIX-principios del siglo XX, la exigencia de aproximación a la realidad social concreta exige desechar la idea de un “modo de producción capitalista” genérico que se realiza a lo largo y ancho del mundo. A partir de este nuevo estadio es posible señalar que, como en el estadio previo de la globalización, la dimensión *fenoménica* del capitalismo se presenta en su rasgo dominante como un sistema uniforme y uniformizador, unificado y unificante. Pero en el plano *esencial* tal unidad expresiva se desagrega, para asumir la forma de múltiples subsistemas que cooperan y compiten entre sí. Una vez instalada la mundialización capitalista, el acceso a la profundidad del sustrato real no deja al descubierto como aspecto determinante la clásica competencia intercapitalista entendida como competencia entre empresas capitalistas (Shaikh, 2016), sino más bien la incrustación de dicho plano competitivo en el campo de interacción entre sistemas económicos capitalistas nacionales del centro y de la periferia de la sociedad mundial. De este modo, podemos reconocer, con Marx, que el capitalismo como sistema mundial (yo diré como “sistema intercapital”) subsume la totalidad del planeta a su lógica mercantil, pero lo hará desde mediados del siglo XX asumiendo algunas premisas que no están presentes en el autor alemán. La principal es que si bien todo sistema capitalista opera a partir de una lógica mercantil, o, más exactamente, a partir de una lógica de apropiación privada asentada en la propiedad privada de los medios de producción, no lo hace bajo una misma forma de organización nacional. Y con el cambio de forma de organización, cambia su modo de producción. Y luego el modo de organización de la producción se encarga de convertir la lógica abstracta de maximización capitalista en diferentes lógicas mercantiles concretas. Tal como lo señalé arriba, las formas de organización capitalistas, cada una de ellas, pasan a convertirse en sistemas. Ello no significa que desaparece el momento de unificación abstracto (el “sistema intercapital” como metasisistema), pero sí que la unidad superior no puede concretizarse si no es al interior de un proceso económico a la vez localizado y multilocalizado, historizado y multihistorizado, que irremediablemente diferencia tanto las formas como los contenidos de los sistemas capitalistas. La clave central pasa por reconocer que esta diferenciación no se estructura a partir de una lógica evolutiva lineal o multilineal, sino de una relación dialéctica, a partir de la cual todo modo de organización capitalista, entendido como sistema capitalista, y localizado en primera instancia en torno a un Estado y una esfera social nacional, se conforma en una relación de oposición y/o de complementación con otros sistemas capitalistas nacionales, dotados de menor o mayor poder económico. Insisto en que lo que Marx definía como un “sistema capitalista” conserva su funcionamiento mundial pero en la forma de un “sistema de sistemas”. En ese sentido estoy de acuerdo con los autores que señalan que “el capitalismo no solo es compatible con la diferencia social, sino que la produce sistemáticamente” (Chibber, 2013: 243). El que no acierta es Wallerstein cuando señala que la conceptualización del capitalismo se dirime entre quienes asumen la existencia de un sistema mundial capitalista dotado de un único modo de producción y quienes identifican modos de producción nacionales, separados unos de otros, y desacoplados de una

dinámica de unificación mundial (Wallerstein, 1974). Tal como lo observo, no habría una separación de modos de producción, sino más bien un tipo de diferenciación capitalista entre ellos que se conforma a partir de una dinámica interactiva mundial.

Las visiones del capitalismo más avanzadas del Sur mundial de la segunda mitad del siglo XX lograron observar la diferenciación capitalista a nivel de los comportamientos, sin conseguir arribar en la teoría al nivel de la propia constitución sistémica. Esto último hubiera exigido una ruptura con el marco teórico moderno. En América Latina, uno de los ejemplos más avanzados del reconocimiento incipiente de la diferenciación capitalista lo ofreció Pablo González Casanova. Empleando su propio lenguaje teórico, el sociólogo mexicano dirá que:

El capitalismo, como sistema histórico, con comportamientos diferenciados en el espacio y el tiempo, sólo ocuparía un lugar central con el desarrollo del neocapitalismo y el neocolonialismo que se iniciaron en el propio siglo XIX y que llegaron a su máxima expresión en el XX. (González Casanova, 2006: 56)

Lo que es necesario reconocer en la actualidad es que la diferenciación espacio-temporal del capitalismo que señalaba el sociólogo mexicano equivale, con todas las letras, a una *multilocalización entrelazada*, capaz de recrear en términos materiales el núcleo capitalista mundial a partir de una reproducción intersistémica en el mercado mundial. Pero se trata de un hecho dinámico difícil de observar, en la medida en que le es inherente una dimensión fenoménica que empuja la imaginación analítica hacia una forma general y unificada. Es a partir de diferenciar ambos planos cognoscitivos, el fenoménico y el esencial, que en mi interpretación cobra real valor la afirmación de Marx de que la apariencia es “una niebla bajo la cual se esconde todo un mundo, el mundo de las interconexiones del capital” (Marx, 1976: 524). La creciente regionalización de la economía mundial desde la década del 80 del siglo XX, a partir de la creación y la consolidación de bloques económicos regionales (supranacionales) que van a suplantarse el ordenamiento económico antagonista del mundo bipolar de la Guerra Fría, no hace más que corroborar la hipótesis de la diferenciación dialéctica o dialectizada que vengo sosteniendo. La creación de los bloques regionales (ASEAN, Unión Europea, NAFTA, SADC, Alianza del Pacífico, Mercosur, Comunidad Andina de Naciones, MCCA, BENELUX, etc) no implicó el establecimiento de “sistemas productivos regionales”. Antes que ello, los sistemas nacionales, muchas veces en crisis, se articulan con otros en la búsqueda de delimitar un mercado relativamente cerrado que los beneficie, bajo el predominio o la tutela de alguno/s de los países involucrados.

Sin dudas que el gran movimiento económico que consigue precipitar el paso del estadio de la globalización capitalista (o de las globalizaciones) al de la mundialización es el ascenso económico industrial de la región del Asia-pacífico a mediados del siglo XX. Se trata de la primera ola de democratización ampliada de los impulsos industriales capitalistas. Señalo que se trata de una ola ampliada en la medida en que es protagonizada por un puñado de países periféricos de la sociedad mundial. En términos secuenciales, primero se produjo el “milagro” económico japonés (1956-1973), seguido, en los años setenta y ochenta, por el de las nuevas economías industriales asiáticas (Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur). A este último grupo se sumó, desde el inicio de su reforma económica a finales de los años setenta, China, con su gran tamaño demográfico y su enorme competitividad internacional (Bustelo, García y Olivé, 2004). Y, más recientemente, en los años noventa y, sobre todo a partir de comienzos del siglo XXI, se está registrando un crecimiento económico muy considerable de la India, el otro gigante demográfico del mundo¹¹ (Bustelo Gomez, 2010). La comprensión actual de la dinámica mundial del capitalismo exige reconocer el enfrentamiento entre los países capitalistas industrializados del centro (esta contienda no es nueva), y de éstos con los capitalismos de los países periféricos, algunos de los cuales se encuentran en vías de abandonar su posición periférica para ingresar como un miembro oriental del bloque céntrico.

¹¹ Aquí cabe distinguir entre la especialización exportadora de Japón, China, Taiwán, Hong Kong, Corea del Sur y Singapur, centrada en los productos manufacturados, y la de la India, que hasta el momento se define como un capitalismo de commodities, en la medida en que se orienta a la exportación de productos básicos y materias primas semi-industrializadas.

Desde la disolución de la URSS en el año 1991 es precisamente el campo de diferenciación interna de formas de organización económicas capitalistas el que define el espectro total de variación del conjunto de los sistemas económicos nacionales de la sociedad mundial. Lo que consigue la plena unificación capitalista mundial es universalizar por primera vez el capitalismo y con ello absorber y reconducir hacia su interior la lucha entre países, retraduciendo este enfrentamiento secular como una batalla entre países con sus respectivas matrices capitalistas. Es por ello también que señalo que el sistema capitalista ya no puede ser entendido sino como un metasistema o un intersistema.

No deja de resultar llamativo que, en América Latina, la mundialización material del capitalismo desatada hace más de medio siglo hasta el momento no fue procesada por las teorías del capitalismo y del cambio social, en particular por las marxistas. Creo que el principal obstáculo epistemológico de la teoría crítica latinoamericana es precisamente el desconocimiento del estadio de la mundialización (sea que se la llame así, o de otro modo). El tránsito de la globalización a la mundialización capitalista, pese a convertirse en un macro-movimiento histórico que sacudió los cimientos del mundo, no fue detectado por los teóricos marxistas. Desde las primeras creaciones heterodoxas de Mariategui y Haya de la Torre, al inicio del siglo XX (Mariategui, 2007; Haya de la Torre, 2010), se viene repitiendo a pies juntillas la premisa europea del siglo XIX de que el capitalismo, en tanto sistema y modo de producción, es y será uno solo. Daré un paso más allá y sostendré lo siguiente: una de las operaciones ideológicas centrales del marxismo europeo, a la cual sucumbieron los marxismos periféricos más lúcidos, fue precisamente la presentación de un modo de producción capitalista particular, industrial y europeo, como el modo de producción capitalista general del conjunto de la sociedad mundial. Se trata de una operación ideológica en el sentido marxiano, en tanto presenta los intereses particulares de una corriente intelectual-política, desplegada desde una determinada localización dominante, como la comunidad total de intereses de todas las localizaciones. Este ocultamiento más o menos deliberado, fogueado por la "cuestión nacional" que luego analizaré, es parte de una envoltura universalista que atraviesa y compone el conjunto de la teoría social moderna noratlántica, y por lo tanto también los múltiples marxismos que desde allí se abrieron al mundo. Lo cierto es que actualmente las ciencias sociales latinoamericanas se reflejan en el espejo distorsionado del sistema capitalista único, siendo que este último es un producto intelectual de la nacionalización industrial inglesa y alemana. Este sesgo a la vez europeo y extemporáneo incluso está presente en todas las teorías marxistas de la dependencia (Marini, 1991; Bambirra, 1973; Cueva, 2008; Dos Santos, 2002), de corte leninista, las cuales dieron lugar, en las décadas del 60 y del 70 del siglo XX, a la mayor experiencia colectiva de creatividad marxista en América Latina. De allí en adelante esta vieja perspectiva autorreferencial del capitalismo continuó activa en las visiones del cambio social de los teóricos de izquierdas más interesantes de la región. Para Anibal Quijano, por ejemplo, el capitalismo es uno solo y fue creado a partir de la colonización española. Él lo llamará "capitalismo colonial/moderno", lo caracterizará como un sistema eurocentrado y lo definirá como un nuevo (*sic*) patrón de poder mundial (Quijano, 2019). Creo que esta brevísima caracterización del sociólogo peruano es suficiente para retrotraer su visión del capitalismo cuanto menos al siglo XIX. A partir de mediados del siglo XX dicha forma de organización como expresión única, desaparecerá de la faz de la tierra. Como dije, esa forma capitalista que Quijano imagina como un impulso que arrasa con la América Latina contemporánea, en todo caso se podría adecuar al estadio capitalista originario, de la nacionalización, o bien, de un modo un poco forzado, a su estadio globalizador posterior. La teoría del capitalismo de García Linera al parecer corre una suerte similar. Visto desde la sociedad mundial y la mundialización capitalista –abierto desde el Paradigma Mundialista–, no sería del todo correcto indicar la existencia de un "espacio nacional *del capitalismo*"¹² (García Linera, 2017), o bien considerar a América Latina, o a cualquier país de la región, como una "extremidad *del cuerpo capitalista*"¹³ (García Linera, 1991). A diferencia del intelectual latinoamericano, considero que desde el siglo XX no viene primero el capitalismo global unificado y luego un eventual impulso proteccionista que "nacionaliza" ese mismo sistema único (García Linera, 2017). A partir de mediados del siglo pasado, el proteccionismo es una opción de política entre varias otras a la que puede potencialmente recurrir todo Estado en un sistema capitalista primeramente nacional, el cual sólo puede existir como sistema

¹² Las cursivas son mías.

¹³ Idem.

particular en tanto se vincula estructuralmente con otros capitalismos nacionales globalizados por el primero, o globalizadores, de matriz distinta, al interior de un sistema mayor que los integra. No hay que perder de vista que la política proteccionista es la antesala de todo nuevo impulso industrial globalizador, tal como lo intuyó Alexander Hamilton en el siglo XVIII (Hamilton, 1791)¹⁴, lo sistematizó Fredrich List (1841) en el siglo XIX, y como luego quedó recogido por la historia económica mundial del siglo XX (Hobsbawm, 1991; Ramos, 2013). De este modo, cuando el capitalismo de una determinada esfera nacional cambia de matriz, y consigue transitar, por ejemplo, desde un capitalismo periférico de commodities a un capitalismo industrial, lo que se está generando es una transformación capitalista en la sociedad periférica conducida por un conjunto de impulsos “internos”. Esto perfectamente se puede entender como el paso de un sistema capitalista –nacional– a otro.

A partir de mediados del siglo XX, los impulsos capitalistas globalizadores se precipitaron igualmente desde determinadas localizaciones occidentales de la periferia mundial, pero con una fuerza pírrica y un alcance reducido. En ningún caso esos impulsos económicos desde abajo consiguieron superar su supeditación estructural a las economías del circuito noratlántico, en particular a la economía de Estados Unidos. Algo similar se presenta para el caso de Europa en relación con el gigante norteamericano (Hudson, 2003). La posición del viejo continente luego de la segunda guerra mundial demuestra con nitidez como una determinada esfera regional puede ser simultáneamente globalizadora y globalizada. En el caso de Europa, en tanto región central de segundo orden, es globalizadora en relación con una fracción considerable de los países periféricos, y se encuentra globalizada por Estados Unidos y crecientemente por China (CSD, 2021). La visión que ofrece García Linera de un modo de producción capitalista único, que se eleva sobre sí mismo desde el centro del mundo y que luego se estira y se ramifica hasta sus confines periféricos, termina coloreando desde América Latina la postal que Marx dibujó hace siglos en Europa. La visión del talentoso sociólogo boliviano encierra todo el potencial de aquel, y, a mi entender, por momentos resulta portadora de las limitaciones ya adjudicadas al autor alemán. Enrique Dussel parece desmarcarse de este reduccionismo cuando reconoce, por ejemplo, que “la globalización destruye los capitales periféricos, haciéndolos más chiquitos” (Dussel, 2008: 34), pero a decir verdad no se trata más que de una frase aislada, que no talla en su visión central del cambio social. Como se imaginarán, el marcado desencuentro entre un proceso de mundialización capitalista cada vez más nítido en sus contornos y una teoría crítica del capitalismo del siglo XIX, reactivada en pleno siglo XXI, genera múltiples consecuencias de orden práctico que aquí, por una cuestión de espacio, no analizaré.

LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL CAPITALISMO (II): LA CUESTIÓN NACIONAL, LA CUESTIÓN COLONIAL Y LA CUESTIÓN PERIFÉRICA

Cada uno de los estadios de la evolución del capitalismo, identificados de forma preliminar en el punto anterior, fue y es acompañado de lo que llamaré una “cuestión central”. Esa cuestión aflora y consigue delimitarse con claridad una vez que se abandona una visión eurocéntrica de la evolución histórica de las sociedades humanas. En resumidas cuentas, diré que el estadio de la nacionalización capitalista se conformó a partir de la “cuestión nacional”, el de la globalización capitalista a partir de la “cuestión colonial” y finalmente el de la mundialización se recrea a partir de la “cuestión periférica”. Al igual que sucede con los propios estadios, que luego ingresan como procesos del estadio siguiente, es posible observar que cada cuestión se actualiza en el estadio posterior. Podemos observar, de este modo, que a partir de la globalización capitalista del siglo XVII la cuestión nacional quedó enlazada a la cuestión colonial, y que a partir del siglo XX, una vez que el movimiento de descolonización se generalizó, la cuestión nacional se fusionó en un todo orgánico con la cuestión periférica. Y fue con el reconocimiento de la cuestión periférica que germina la sociedad mundial, en los términos mencionados al inicio del texto. De igual modo, la cuestión colonial subsiste en la mundialización, aunque de forma residual, en la medida en que la forma-colonia, en su sentido clásico, aún

¹⁴ Es probable que uno de los documentos históricos más significativos respecto a la necesidad de las medidas proteccionistas para el desarrollo de un nuevo núcleo capitalista expansivo, sea el “Report on the Subject of Manufactures”, de Alexander Hamilton, primer secretario del Tesoro de los Estados Unidos, leído en la Cámara de los Representantes en 1791 (Hamilton, 1791).

no ha desaparecido. De aquí en adelante me ocuparé de ofrecer mi visión sobre el modo en que la cuestión nacional y la cuestión colonial se hicieron presentes en la producción de Marx, para a partir de allí extraer algunas conclusiones. Lo que el sociólogo alemán definitivamente no pudo hacer fue problematizar la cuestión periférica. Este último asunto se instalará en la mitad del siglo XX como resultado del avance de la segunda ola de descolonización, para luego alcanzar su mayoría de edad con el ascenso económico acelerado de la región Asia-Pacífico (tal como lo comenté en el punto anterior). Lo cierto es que América Latina, producto de su elevado nivel de dependencia de los países centrales, apenas colaboró en la mundialización inicial de la economía capitalista. Los modestos impulsos mundializadores que proliferaron desde la región se concentraron en la década del 50 del siglo XX y, en menor medida, en los años de la llamada “década ganada”, entre 2003 y 2015.

La cuestión nacional

Como nos recuerda Hobsbawm, la “cuestión nacional” es un tema notoriamente controvertido (Hobsbawm, 1991). Aquí correré el riesgo de asumir algunas simplificaciones. Tomando como punto de partida el advenimiento del capitalismo industrial, sostendré que el primer planteamiento de la cuestión nacional es de origen nor-europeo y se edifica principalmente a partir de la negación del dominio imperial español. Es probable que la cuestión nacional haya tenido mayor gravitación en los países rezagados de Europa en los siglos XVII y XIX (Alemania, Italia, Polonia), a partir de la adopción de una disposición defensiva y protectora, como sostienen algunos autores (Ramos, 1973; Scalabrini Ortiz, 1981), pero lo cierto es que involucró también a los países líderes. En estos últimos, lo nacional se reconvirtió en un discurso universalista destinado a teñir el mundo de su propio color. En cualquier caso, esta cuestión resultará determinante de la visión marxiana del cambio social, que se desarrolla a caballo entre el estadio de la nacionalización europea y el de la primera globalización capitalista de Inglaterra. Más adelante mostraré que incluso en relación a la globalización mencionada, el escenario central que recrea el autor alemán esta constituido por la cuestión nacional, mientras que la cuestión colonial queda relegada –en el mejor de los casos- al telón de fondo. Dejando de lado algunos matices accesorios, es posible sostener que tanto Marx como Engels, y luego Lenin, conciben a la historia occidental europea como una historia de las nacionalidades, considerada típica del desarrollo general de la humanidad.

El aspecto que permite constatar el peso determinante que adquiere la cuestión nacional en Marx es precisamente su teoría del cambio social. No se trata de una teoría destinada a explicar los modos de cambio de las diversas sociedades del mundo, sino más bien de una teoría del cambio estructural de las sociedades nacionales europeas del siglo XIX, con epicentro en las formaciones sociales de progresiva industrialización capitalista. Esto es, en las llamadas sociedades “modernas”. Y el *locus* del cambio se alojará en las relaciones de apropiación entre capital y trabajo, o dicho en otros términos, en las relaciones de antagonismo entre una clase de individuos minoritaria y más poderosa, la llamada clase capitalista, y una clase de individuos mayoritaria, proletarizada y dominada por la primera. La teoría del cambio social de Marx es una teoría del trastocamiento de las relaciones entre clases de individuos europeos ligadas a una gran unidad empresarial en expansión, y simultáneamente desplegada al interior de una esfera económica nacional europea globalizadora. La impronta internalista de Marx, revestida de universalismo, también se deja entrever en su relato prototípico sobre los orígenes del capitalismo industrial:

Las condiciones históricas de existencia del capital surgen tan sólo cuando el poseedor de medios de producción y medios de subsistencia encuentra en el mercado al trabajador libre como vendedor de su fuerza de trabajo, y esta condición histórica entraña una historia universal. (Marx, 2017: XVI)

Esta ecuación relacional, genéticamente intranacional, se sostiene a partir de un principio metodológico de autodeterminación nacional (o nacionalismo metodológico¹⁵), pero se proyecta a partir de un discurso de

¹⁵ Una de las desviaciones más acentuadas en el siglo XX de la teoría moderna europea originaria, que conduce su nacionalismo metodológico a una modalidad más reduccionista y deslocalizada, son las llamadas “teorías de alcance medio”. Las esferas societales nacionales, por su conexión material a la vez interna y externa con la sociedad mundial, no se pueden procesar analíticamente a partir de tales visiones restringidas (Cfr. De Marinis, 2023).

universalidad. En cualquier caso, resulta evidente que, como relación entre clases moleculares, se desentiende de los entramados y las fuerzas sociales que componen los campos "externos" de las sociedades europeas industriales y dominantes. Aquí no hay asomo de tratamiento de la "cuestión colonial" por parte del intelectual alemán. Grosfoguel señala que "el proletariado de Marx es un sujeto conflictivo interno a Europa, que no le permite pensar fuera de los límites eurocéntricos del pensamiento occidental" (Grosfoguel, 2012). Creo que su apreciación es algo exagerada, pero recoge el reduccionismo nacional de Marx en este punto determinante. Más matizada y panorámica será la posición de Therborn cuando señala que "la clase será todavía mucho más sobresaliente en Europa, como referencia de identidad y organización, que en otras partes del mundo" (Therborn, 2010: 223). En cualquier caso, la teoría de las clases sociales de Marx es sin dudas un efecto teórico del modo en que el autor y su campo intelectual ampliado procesan la "cuestión nacional" por esos años. Llegado a este punto es posible reconocer que la gran operación teórica que ejecuta Marx en su teoría del cambio social es la supeditación de las relaciones entre clases de países en la sociedad global al vínculo conflictivo entre clases de individuos en el corazón económico de Europa. Como es de saber común, el autor alemán se referirá exclusivamente al trabajo de los individuos, el cual define sus pertenencias de clase, obviando toda referencia ampliada al trabajo de los países, o bien a las relaciones de trabajo entre las diferentes clases de países¹⁶. A diferencia de Adam Smith y de David Ricardo, Marx apenas estuvo dispuesto a reconocer la incidencia de la llamada "división internacional del trabajo" (Smith, 2012; Ricardo, 2015). Este marco de interdependencia funcional, global y asimétrico no ingresó como vector causal en su teoría del cambio social. El sociólogo alemán se preocupó más bien de observar como se conformaba la división social del trabajo al interior de las economías europeas en sus diferentes dimensiones (Marx, 2022).

Tal como insinué arriba al momento de esbozar la lógica de sucesión de modos de producción, para Marx serán las llamadas "contradicciones internas" las que determinarán la ley de evolución de las sociedades. Reduciendo la polisemia de lo "interno", podríamos decir que se trata del núcleo que condensa las contradicciones entre clases de individuos. Las contradicciones marxianas están concebidas en términos prototípicos a partir del registro del enfrentamiento potencial entre una expansividad capitalista dominante y una expansividad obrera subalterna (Torres, 2022c). Godelier dirá, por su parte, que para el autor alemán la contradicción interna del modo de producción es aquella correspondiente a la unidad de estructuras comunales y de estructuras de clases (Godelier, 1972:51). En cualquier caso, las llamadas "contradicciones internas", antes que internas a la lógica del sistema capitalista como un todo, serán para Marx contradicciones internas al país, y, más en concreto, a la progresión económica expansiva del capitalismo industrial de los países dominantes. O dicho de otro modo, antes que "contradicciones internas" al sistema económico y a su mecánica, resultarán internas a la visión intranacional de la economía del autor, o, mejor dicho, internas a esa idea restrictiva de sociedad nacional que proyectó el pensamiento moderno originario en su conjunto. Supongo que Marx no ofrecería mayores resistencias a mi interpretación en este punto en la medida en que fue capaz de sostener, en sus Manuscritos Económicos de 1863-67, que "sólo pretendemos presentar la organización interna del modo de producción capitalista, por así decirlo, en su término medio ideal" (Marx, 1988: 853).

Hacia el final del estadio de la globalización capitalista, a principios del siglo XX, y de allí hacia adelante, ya contemplando el momento de la mundialización, la "cuestión nacional" cambiará de carácter, se ampliará y se multilocalizará, prisionada por la entrada en escena de los movimientos nacionales anti-coloniales o anti-imperialistas de la periferia mundial. El primer punto de bifurcación para el ideario nacional moderno se produce precisamente cuando se imbrica irremediabilmente con la "cuestión colonial". Y a partir de entonces, el modo en que se entrelazan la cuestión colonial y la cuestión nacional va a depender de la posición de cada localización involucrada en la sociedad mundial. En los países periféricos, la cuestión nacional se supeditará mayoritariamente a la cuestión colonial, a partir de la adopción de una encendida disposición anti-imperialista, mientras que en los países centrales ocurrirá a la inversa: la cuestión nacional subyugará a la cuestión

¹⁶ Hacia fines del siglo XX, algunos autores, como Reich, hablarán del "trabajo de las naciones", pero para señalar, paradójicamente (o sintomáticamente), que ya no existen las economías propiamente nacionales sino simplemente el capital humano que vive en cada país (Reich, 1993).

colonial, la cual quedará aprisionada en los discursos universalistas europeos. Aquí ya no será Marx sino los marxismos del centro y de la periferia los que buscarán una salida a la nueva cuestión nacional. Y la relación entre "clase" y "nación" –siendo aquí la nación la expresión del problema colonial- se convertirá en el dualismo central que ordenará los debates en cada localización, con un claro predominio de la lógica europea de clases¹⁷. Desde la periferia se buscará articular el problema marxiano de las clases oprimidas con la problemática de los países sometidos, esta última promocionada por los movimientos populares de descolonización y de liberación nacional del siglo XX (Ramos, 1973; Zavaleta Mercado, 1986; Ugarte, 2010; Hernández Arregui, 2004; Amin, 1999). A esta corriente autonomista se sumará Trotsky a partir de su breve exilio en México (Trotsky, 1938). Y sin lugar a dudas la principal innovación que genera el debate entre clase y nación, marcado por la "cuestión colonial", fue el reconocimiento de la existencia, la cohabitación y el eventual enfrentamiento entre dos tipos de nacionalismo: el que trabajosamente fueron elaborando los países oprimidos y el de los países opresores. Posiblemente el intelectual argentino Jorge Abelardo Ramos fue quien consiguió llevar mas lejos la premisa mundialista de los dos nacionalismos (Abelardo Ramos, 1973). A grandes rasgos, el espíritu de esta nueva resolución colectiva desde y para la periferia queda recogido en la siguiente afirmación: "Un movimiento nacional, en un país oprimido, siempre adopta una bandera nacionalista contra otro nacionalismo opresor" (Hernández Arregui, 2004: 94). Tal como se logra entrever, los principios morales que subyacen a ambos nacionalismos difieren radicalmente. Mientras que el nacionalismo típico de los países dominantes es *particularista*, el de los países subalternos es *universalista*. El primero asume una inclinación chauvinista y se basa en un principio de superioridad, mientras que el segundo se edifica en la dificultad de su posición a partir de un principio de autodeterminación universal (Tan, 2004; Tamir, 1992).

La cuestión colonial

Tal como adelanté en el punto anterior, parto de suponer que la teoría social moderna, producida en Europa durante la primera globalización industrial, supedita la cuestión colonial a la cuestión nacional (y no a la inversa). Marx no será una excepción. Para dimensionar el modo en que la cuestión colonial talla en la visión del cambio social del sociólogo alemán se hace necesario distinguir entre *discurso* y *teoría*. No todo discurso es una teoría, mientras que toda teoría tiene una dimensión discursiva. En Marx el reconocimiento crítico del proceso y las relaciones coloniales es parte de un discurso que historiza la emergencia del capitalismo y no una entidad conceptual que talla en el núcleo de su teoría del cambio social. Como señalé en el apartado previo, la mecánica que termina explicando la dinámica social es nitidamente intranacional desde el momento que comienza y se desenvuelve en su base a partir del enfrentamiento entre clases sociales al interior de los países crecientemente industrializados. Por lo tanto, el campo de posiciones enfrentadas se define con referencia a una estructura social nacional. A esta fórmula moderna, ya resuelta en la teoría, Marx le adosará algunos registros sobre la explotación en/de los países extraeuropeos, para a partir de ello vislumbrar una "causa común" entre obreros del centro y de la periferia. Esta alianza interobrera se proyecta en el autor como una relación de causalidad imaginaria basada en la premisa de que la integración de ambos polos asalariados en un partido político revolucionario de vertebración mundial provocaría en simultáneo o en diferido una transformación planetaria igualmente beneficiosa para ambos núcleos. Ahora bien, por más que se desee convertir a Marx a partir de mediados del siglo XX en un teórico de la liberación nacional de los países periféricos, es por demás evidente que la lucha entre clases de países no tiene existencia conceptual en el dispositivo explicativo marxiano del cambio social. La diferenciación entre discurso y teoría no solo juega a favor de reducir el valor que Marx le otorga a las desigualdades de poder entre Europa y los países periféricos bajo su égida. Lo mismo vale para los exabruptos abiertamente colonialistas de Marx y de Engels. Es en un plano igualmente discursivo y circunstancial que hay que situar la celebración de Engels de la anexión de México por Estados Unidos (De Toledo, 1939), así como la

¹⁷ El factor principal que descentra la relación entre capital y trabajo en la industria como relación determinante del cambio social en la sociedad mundial, será precisamente el reconocimiento de las relaciones de poder interpaíses que bloquean las oportunidades de industrialización de la mayoría de las economías periféricas. En el caso de América Latina, no solo se constató que los diferentes países de la región no llegaron a ser plenamente industriales, sino que cuando iniciaron sus respectivos caminos a la industrialización, el propio desarrollo desigual y combinado entre las economías centrales y las periféricas, estructurado a partir de un conjunto de presiones externas e internas, impidieron que dicho proceso avance.

denostación que hizo pública Marx de la figura de Simón Bolívar (Marx, 1999). Estas declaraciones no merecen mayor consideración porque no tienen entidad teórica. Pero volvamos a la crítica de Marx a la aventura colonial europea.

En aquellos pocos pasajes en que Marx señala explícitamente que la apropiación de las riquezas de la periferia fue la condición de posibilidad de la industrialización de Europa, tal referencia causal no se trasladó a su teoría del cambio social. Esto se puede ver con toda nitidez cuando el autor alude al proceso de “acumulación originaria” o “acumulación primitiva” del capital. Dicho proceso recoge casi exclusivamente la progresión de un *movimiento intranacional*, de expropiación violenta de campesinos, trabajadores y propietarios rurales (Marx, 1974). De ninguna manera el autor le otorga entidad conceptual al *movimiento internacional* de expropiación de los países periféricos. Marx lo deja bien en claro: “La llamada acumulación originaria no es, pues, más que el proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción. Se la llama «originaria» porque forma la prehistoria del capital y del modo capitalista de producción” (Marx, 1974: 104). De esta manera, la forma en que se explica la emergencia del capitalismo como modo de producción se asocia exclusivamente con un proceso de acumulación originaria *al interior* de cada país (muy principalmente de Inglaterra y del resto de Europa) y no a las relaciones de poder económico *entre* países. Como vimos, el sociólogo procesa el escenario internacional en términos históricos a partir de un esquema de agregación de países, que remite a una serie de transiciones desordenadas hacia el modo de producción capitalista.

Al momento de efectuar estos señalamientos, por supuesto tengo presente aquel célebre extracto de “La llamada acumulación originaria”, achicitado por el marxismo latinoamericano, que invita a pensar que la génesis del capitalismo se apoya igualmente en factores “externos” a las esferas nacionales europeas:

El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, el exterminio, la esclavización y el sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: tales son los hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos factores fundamentales en el movimiento de la acumulación originaria. Tras ellos, pisando sus huellas, viene la guerra comercial de las naciones europeas, con el planeta entero por escenario. Rompe el fuego con el alzamiento de los Países Bajos, que se sacuden el yugo de la dominación española, cobra proporciones gigantescas en Inglaterra con la guerra antijacobina, sigue ventilándose en China en las guerras del opio, etc. (Marx, 1974: 140)

Desde la tradición latinoamericana, esta cita se suele completar con la siguiente referencia, que apunta a ligar la fortuna económica de las naciones europeas dominantes a la evolución de los sistemas coloniales que aquellas promovían:

Las colonias brindaban a las nuevas manufacturas, que brotaban por todas partes, mercado para sus productos y una acumulación de capital intensificada gracias al régimen de monopolio. El botín conquistado fuera de Europa mediante el saqueo descarado, la esclavización y la matanza refluían a la metrópoli para convertirse aquí en capital. (Marx, 1974: 144)

A los pasajes aludidos se podrían agregar algunos más, del mismo libro y de otras publicaciones recientes¹⁸. Ahora bien, pese a la nitidez de tales referencias, se trata de apreciaciones puntuales, de

¹⁸ Aquí se puede mencionar, por ejemplo, el libro publicado por la editorial de la vicepresidencia de Bolivia en 2019: “Colonialismo. Cuaderno de Londres N° XIV” (Marx, 2019). Se trata de una publicación que compila anotaciones de Marx sobre libros de historiadores alemanes, ingleses y norteamericanos (A.H.L. Heeren, Herman Merivale; W.H. Prescott, principalmente), relacionados con la cuestión colonial, todos ellos publicados en la primera mitad del siglo XIX. Al carácter discursivo, de segundo orden, que adquiere el problema colonial para Marx, aquí se añaden los problemas de la naturaleza fragmentaria de sus anotaciones, del carácter descriptivo que adoptan y sobre todo de la dificultad para discernir quién sostiene qué comentarios. Se entremezclan los apuntes de Marx con las ideas originales asentadas en los libros comentados. Como resultado de esta iniciativa editorial, quedan flotando algunas clasificaciones sobre tipos de colonias (Heeren); menciones puntuales sobre el impulso que América Latina le dio al desarrollo de Europa (Prescott) que no se aproximan a los desarrollos más elaborados ofrecidos en la “La llamada acumulación originaria”; algunas descripciones sobre las vicisitudes que trajo aparejada la baja penetración capitalista en los países coloniales (Prescott, Merivale), y no mucho más. Pero ni una sola línea de estos apuntes ofrece un enlace con la teoría marxiana del cambio social. En resumidas cuentas: los materiales contenidos en este libro no brindan apoyos para

segundo orden, que alimenta residualmente la prehistoria del capitalismo de Marx, señalando un ejercicio ampliado de acumulación originaria, pero que en ningún momento ingresa en la *explicación teórica* de la dinámica del capitalismo, y aún menos en la teoría marxiana del cambio social. Es parte del discurso marxiano de la génesis del capitalismo industrial europeo, pero no de la explicación teórica de su progresión histórica, y diría que tampoco de la explicación causal de su momento inaugural. Dicho en otros términos, la cuestión colonial no se convierte en una condición permanente de la evolución histórica del capitalismo industrial europeo del siglo XIX sino tan solo de su prehistoria. El modo real en que el proceso de acumulación originaria ingresa en el núcleo de la explicación de la dinámica capitalista se hace patente en la siguiente afirmación:

¿A qué se reduce la acumulación originaria del capital, es decir, su génesis histórica? En tanto que no es la transformación directa del esclavo y del siervo de la gleba en obrero asalariado, o sea, un simple cambio de forma, la acumulación originaria significa solamente la expropiación del productor directo, o lo que es lo mismo, la destrucción de la propiedad privada basada en el trabajo propio. (Marx, 1974: 150)

Y el fenómeno coercitivo allí aludido se resuelve al "interior" de los países europeos, creando a partir de ello el capitalismo industrial y su proletariado urbanizado. Para Marx, es precisamente en el plano nacional, y no en otro, en el cual se despliega aquel método de acumulación originaria que "ha hecho época" (Marx, 1974: 150). Aquí la referencia del autor a la capacidad de producción epocal resulta determinante, dado que presupone el reconocimiento de la existencia de diferentes técnicas y procesos de acumulación originaria, a partir de las cuales selecciona aquella que tiene el poder para incidir en el cambio económico estructural. Luego el marxismo del siglo XX, posiblemente más atento a los nuevos juegos de poder mundial entre el centro y la periferia, intentará reequilibrar los planos "interno" y "externo" del proceso de acumulación originaria que tematizó Marx. Ese es el caso, por ejemplo, de Ernest Mandel. El economista belga, integrando una visión más atenta a la periferia mundial, insistirá en que dicho proceso "se realizaba en muchos otros lugares del mundo al mismo tiempo, aun cuando su ritmo fuera desigual" (Mandel, 1972). Pero Mandel, a diferencia de Trotsky en el exilio mexicano, insistirá en resolver la relación entre clase y nación a favor del primero, haciendo valer, a fin de cuentas, la vieja mecánica marxiana. Un párrafo aparte merece la obra de Lenin, en la medida en que ha contribuido a la historia marxista con algunas intervenciones memorables. Entre ellas resalta el discurso que brindó en el II Congreso de la Internacional Comunista el 19 de julio de 1920, en el cual señalaba: "¿Cuál es la idea más importante y fundamental de nuestras tesis? La distinción entre pueblos oprimidos y opresores. Subrayamos esta distinción en oposición a la II Internacional y a la democracia burguesa" (Lenin, 1974). Pero si nos trasladamos desde esa tribuna histórica de la izquierda internacionalista a la propia teoría leninista del imperialismo, nos encontramos nuevamente con la supeditación de la nación a la clase, y por lo tanto la subsunción de la cuestión colonial a la cuestión nacional euroasiática.

Tal como señalaba arriba, a partir de la mundialización del siglo XX el problema colonial, como cuestión central, es reemplazado por la cuestión periférica. ¿Y cual será la diferencia central entre ambas cuestiones? Pues que la cuestión colonial respondía a una relación objetiva de subordinación orgánica entre países, mientras que la cuestión periférica se va a conformar a partir de una relación de dependencia intersistémica. Esto último implica que los países periféricos lograron conquistar una autonomía sistémica relativa. Pero la existencia colonial aún subsiste de una forma marginal. La Organización de las Naciones Unidas (ONU) todavía mantiene, a día de hoy, un listado de diecisiete territorios considerados no autónomos. Así, hoy nos encontramos con que Reino Unido tiene como colonias a las Islas Malvinas, Anguila, Bermuda, Islas Caimán, Turcas y Caicos, las Islas Vírgenes Británicas, Monserrat, Santa Elena, Gibraltar y Pitcairn; Francia mantiene dos, Nueva Caledonia y la Polinesia Francesa; Estados Unidos continúa en posesión de territorios como las Islas Vírgenes de los Estados Unidos, Guam y la Samoa Americana; Nueva Zelanda tiene un territorio por descolonizar, Tokelau, y el Sáhara Occidental sigue permaneciendo bajo custodia de España, aunque desde hace décadas se encuentre ocupado por Marruecos (Gil, 2019). Para un próximo trabajo quedará el análisis de la cuestión periférica en la mundialización capitalista.

CONCLUSIONES

El impacto que produce en el siglo XXI el abandono colectivo de una visión moderna europea o eurocéntrica de la historia mundial para explicar los procesos de cambio social en el planeta es lo suficientemente profundo para asemejarse a una revolución científica. En relación al tópico del texto, resulta difícil sostener que a lo largo de la historia existió algo unificado y uniforme llamado “sistema capitalista”, deslocalizado en su núcleo constitutivo, sin un arraigo primero en las esferas nacionales. Un tipo de sistema en condiciones de planear sobre los países como un autómatas, capturándolos y reconvirtiéndolos “desde afuera” o bien a partir de una fuerza sistémica supranacional. Contra el imaginario moderno dominante, es posible evidenciar que desde mediados del siglo XX la “expansión del capital” tampoco se produce desde una única localización del sistema intercapital, ni en una dirección única. Mas bien lo que sucedió es que se democratizaron –con restricciones- los impulsos capitalistas industriales. El sustrato esencial se condensa en la profunda asimetría que se (re) produce gracias a una acumulación desordenada de expropiaciones entre países del centro y de la periferia de la sociedad mundial (Lessenich, 2019). Esta desigualdad determinante de la sociedad mundial se presenta para el marxismo ortodoxo bajo el encantamiento de la identidad formal de la sociedad moderna -en singular- y del modo de producción capitalista unificado¹⁹. En cualquier caso, en mis estudios no parto del supuesto de que todo lo fenoménico es mundial y unificado, mientras que lo esencial se enraiza en el espacio de las interacciones entre sistemas (incluido los capitalistas) y sus respectivas concreciones nacionales. Tampoco sostengo la inverso. Lo esencial y lo fenoménico, como expresión de una forma de conocer la sociedad, estarían ambos afectados por la diferenciación y la interacción entre esferas sociales (nacionales, regionales y globales). De hecho, es la emergencia de la interacción social entre las esferas sociales del centro y de la periferia del mundo, en reemplazo de las relaciones de subordinación pasiva que se desplegaban con anterioridad, la que permite explicar la emergencia de la mundialidad social. Entre otras cuestiones, el marco teórico de la sociedad mundial y el concepto de sistema intercapital permiten observar cómo determinada expansión de un sistema capitalista puede traer aparejada la retracción de otro, o bien como este último movimiento puede convertirse en una condición del primero.

Un determinado modo de producción capitalista necesitó ser nacional para luego globalizarse, y su globalización²⁰ hacia o desde otros puntos del planeta, en aquellos casos en que este movimiento ampliado conectaba a los países centrales con los periféricos, nunca se efectuó a partir de la transferencia del modo de producción del país dominante a la economía nacional dependiente involucrada. Las expectativas de una realización económica estructuralmente equivalente entre países ricos y pobres se pulverizó hace tiempo. Lo que sí provocó, necesariamente, en los casos en que la globalización capitalista resultó lo suficientemente expansiva, es la generación de otro u otros modos de producción capitalistas que en lo inmediato hicieron posible el sostenimiento y la expansión del primero, y que, más adelante, en un segundo momento, se establecieron en esa posición subalterna o bien consiguieron oponerse al régimen de producción dominante, generando una situación de competencia entre economías nacionales.

En la mayoría de los casos, tal competencia entre los países y sus empresas se agudizaba a medida que las diferencias entre las matrices de sus respectivos sistemas económicos se iban reduciendo. Desde siglo XIX no existió un modo de producción capitalista industrial en un país, plenamente realizado, sin la reproducción forzada de un modo de producción capitalista de commodities en otros países, que hicieran posible al primero. Al menos hasta hoy no se ha podido conformar una matriz capitalista sin la otra, sin

¹⁹ Remito aquí a la presentación que efectúan Barreira y Gonçalves del vínculo marxiano entre identidad formal y no identidad material al discutir con mi texto “Los tres motores de la teoría social de Marx” (Barreira & Gonçalves, 2023; Torres, 2018).

²⁰ Tal como lo observo desde el “Paradigma Mundialista”, la globalización crea un campo al cual denomino “esfera global”. Y dicha esfera siempre se abre como registro desde una determinada localización social –por lo general nacional- hacia las restantes. A diferencia del movimiento de mundialización, la globalización capitalista –ya no como estadio, sino integrada como proceso en la sociedad mundial- es un impulso de internacionalización activo, pasivo y/o reactivo que experimenta una determinada localidad de la sociedad mundial. Alude a la totalidad de los flujos económicos que ingresan y egresan de una determinada esfera nacional, a partir de las relaciones establecidas con los actores de otras localizaciones. Este magma de flujos unidireccionales y multidireccionales que constituyen la esfera global de una determinada esfera nacional, va conformando una matriz específica para cada economía nacional. Y esa matriz remite a un modo de producción capitalista nacional, conformada en un juego de apropiación mundial.

necesariamente asumir una ecuación de suma cero. Dicho en otros términos, la contracara “funcional” de los capitalismos industriales de los países dominantes son los capitalismos de commodities de los países periféricos, dependientes de las materias primas. De este modo, la diferenciación alcanzada entre los modos de organización capitalistas de los países se dirime en el escenario descarnado de las luchas de poder mundial. El modo de producción capitalista industrial de los países centrales depende para su éxito, en buena medida, del fracaso de los programas de industrialización competitiva de los países periféricos. Y los modos de producción capitalista informacional, propios de las esferas nacionales cuyos ingresos principales provienen del sector servicios, dependen -en un grado a determinar- de los modos de producción industrial y de commodities. Así, el proceso de ocultamiento del “nexo funcional objetivo de la sociedad”, no se despliega en un plano exclusivamente intranacional, como sostenía Adorno por defecto (Adorno, 1966), sino también en un plano internacional. Toda esfera nacional es dominante o dominada en relación a otra/s, se impone o se supedita a otra/as. De este modo, en resumidas cuentas, lo que comúnmente se llama “sistema capitalista” o “mundo capitalista” sólo existe en tanto se constituye como un entramado de relaciones asimétricas entre economías capitalistas nacionales, regionales y globales, las cuales se abren simultáneamente desde una y desde múltiples localizaciones. Dicho en otros términos, el sistema capitalista mundial no se crea desde arriba o desde afuera, sino a partir de un esquema interactivo y asimétrico, a la vez nacional, regional y global, basado en un movimiento multilocalizado y multihistorizado. Por lo tanto, y a modo de ejemplo, antes que hablar del capitalismo *en Argentina, en Brasil, en Bolivia, en Alemania, en China, en Estados Unidos*, correspondería hablar de los capitalismos argentino, brasileño, boliviano, alemán, chino y norteamericano en el *sistema intercapital* de la sociedad mundial. Por una cuestión de espacio, en este trabajo evité ofrecer muchos de los nutrientes empíricos que alimentan los diferentes supuestos vertidos. En próximos textos avanzaré de forma minuciosa en la aportación de evidencias concluyentes.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, T. W. (1966). *Negative Dialektik*. Suhrkamp Verlag, Frankfurt [En castellano: Dialéctica negativa. Akal, Madrid]
- AMABLE, B. (2003). *The Diversity of Modern Capitalism*. Oxford University Press. Nueva York.
- AMIN, S. (1999). “Capitalism, Imperialism, Globalization”. En: R. M. Chilcote (ed.), *The Political Economy of Imperialism*. New York: Kluwer Academic Publishers, 157-168.
- ARICÓ, J.M. (1980). *Marx y América Latina*. CEDEP, Lima, Perú.
- BAMBIRRA, V. (1973). *La revolución cubana. Una reinterpretación*. Nuestro tiempo, Santiago de Chile.
- BARREIRA, C.; GONÇALVES, G. L. (2023). Entre fetichismos y expropiaciones: desafíos para la teoría social, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, año 28, No. 101, e7768548.
- BOURDIEU, P; WACQUANT, L. (1992). *An Invitation to Reflexive Sociology*. The University of Chicago Press, Chicago.
- BOYER, Robert (2016). *La economía política de los capitalismos. Teoría de la regulación y de la crisis*. Buenos Aires: UNM.
- BRAUDEL, F. (1970). “La larga duración.” En: *Historia y ciencias sociales*. Alianza, Madrid, pp. 60-106.

- BUELENS, F. (1992). The creation of regional blocs in the world economy, *Intereconomics*, Vol. 27, Iss. 3, 124-132, <https://doi.org/10.1007/BF02926322>
- BUSTELO, P.; GARCÍA, C.; OLIVÉ, II. (2004). *Estructura económica de Asia oriental*. Akal, Madrid.
- CARDOSO, F.; FALETTO, E. (1973). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- CHIBBER, V. (2013). *Postcolonial Theory and the Specter of Capital*. Verso, London.
- CONSEJO LATINOAMERICANO DE CIENCIAS SOCIALES (CLACSO) (2021). «La gran transformación de la sociología» A propósito de la presentación del libro de Esteban Torres. Participantes: José Mauricio Domingues, Gabriel Kessler; Verónica Gago y Fernanda Beigel. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=8bJkn_K530
- CSD (2021). *Chinese Economic Influence in Europe*. Center for the Study of Democracy. Url: <https://csd.bg/publications/publication/chinese-economic-influence-in-europe/>
- CUEVA, A. (2008). Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia. En: *Entre la ira y la esperanza y otros ensayos de crítica latinoamericana*. CLACSO-Siglo del Hombre, Buenos Aires y Bogotá, pp.83-115.
- DAVIS, R. (1966). The Rise of Protection in England, 1689-1786, *The Economic History Review*, Vol. 19, No. 2, pp. 306-317. <https://doi.org/10.1111/j.1468-0289.1966.tb00975.x>
- DE MARINIS, P. (2023). ¿Una vez más "teorías de alcance intermedio"? Debates sobre teorización social/sociológica en/desde América Latina, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, año 28, No. 101, e7768359.
- DE TOLEDO, D. (1939). *México en la obra de Marx y Engels*. FCE, México D.F.
- DOS SANTOS, T. (2002). *Teoría de la dependencia. Balance y perspectivas*. Plaza y Janés, México.
- DUSSEL, E. (2008). *Marx y la modernidad*. Rincón, La Paz, Bolivia.
- ENGELS, Friedrich (2017). *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Akal, Madrid.
- GARCÍA LINERA, A. (1991). *De demonios escondidos y momentos de revolución. Marx y la revolución en las extremidades del cuerpo capitalista*. La Paz: Ofensiva Roja.
- GARCÍA LINERA, A. (2017). "Espacio nacional y espacio global del capitalismo", En: *¿Qué es una revolución? y otros ensayos reunidos*. Prometeo-CLACSO, Buenos Aires, 2000, pp. 11-35.
- GELLNER, E. (1983). *Nations and nationalism*. Oxford: Blackwell. [En castellano: Naciones y nacionalismos. Alianza, Madrid: 1988].
- GIL, A. (2019). ¿Cuáles son las colonias que todavía quedan en el mundo?, *El Orden Mundial*, 10 de marzo de 2019. Url: <https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/las-colonias-que-quedan-en-el-mundo/>
- GODELIER, M. (1972). El Modo de producción asiático y los esquemas marxistas de evolución de las sociedades. En: Godelier, M ; Marx, K; Engels, F (1972). *Sobre el modo de producción asiático*. Martinez Roca, Barcelona, pp.13-70.
- GONZÁLEZ CASANOVA, P. (2006). *Sociología de la explotación*. CLACSO, Buenos Aires.

GROSFOGUEL, R. (2012). "Decolonizing Western Uni-versalisms. Decolonial Pluriversalism from Aimé Césaire to the Zapatistas," *Transmodernity*, pp.88-102. <https://doi.org/10.4324/9781315146904>

HALL, P.; SOSKICE, D. (2001). *Varieties of Capitalism: The Institutional Foundations of Comparative Advantage*. Oxford University Press, Nueva York.

HAMILTON, A. (1791). "Report on the Subject of Manufactures", Philadelphia, December 5, 1791. En: <https://founders.archives.gov/documents/Hamilton/01-10-02-0001-0007#ARHN-01-10-02-0001-0007-fn-0123-ptr>

HAYA DE LA TORRE, R. (1927). *Por la emancipación de América Latina*. Gleizer, Buenos Aires.

HAYA DE LA TORRE, V. (2010). *El antiimperialismo y el APRA*. Fondo Editorial del Congreso del Perú, Lima.

HERNÁNDEZ ARREGHI, J.J. (2004). *La formación de la conciencia nacional*. Continente, Buenos Aires.

HOBSBAWM, E. (1971). "Introducción". En: Marx, K.; Hobsbawm, E. (1971). *Formaciones económicas precapitalistas*. Siglo XXI, México D.F., pp.9-64.

HOBSBAWM, E. (1989). *The Age of Empire: 1875–1914*. Vintage, New York. [En castellano: *La era del imperio: 1875-1914*. Crítica, Buenos Aires, 2009].

HOBSBAWM, E. (1991). *Nations and Nationalism since 1780. Programme, Myth, Reality*. Cambridge University Press, Cambridge, UK. [En castellano: *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Crítica, Barcelona, 2000].

HOBSBAWM, E. (1997). "Con la vista puesta en el mañana: la historia y el futuro". En: *Sobre la Historia*. Crítica, Barcelona, pp.52-70.

HOBSON, J. (1942). *Imperialism: a study*. Allen & Unwin. London. [En castellano: *Estudio del imperialismo*. Madrid, Alianza, 1980].

HOBSON, J. (2004). *The Eastern Origins of Western Civilisation*. Cambridge, Cambridge University Press. [En castellano: *Los orígenes orientales de la civilización de occidente*. Crítica, Barcelona]. <https://globaldialogue.isa-sociology.org/articles/the-world-paradigm-a-new-proposal-for-sociology>

INGENIEROS, J. (2013). *Sociología argentina*. Losada, Buenos Aires.

INSTITUTO GINO GERMANI (IIGG) (2021). "Debate sobre La gran transformación de la sociología de Esteban Torres". Participantes: Stephan Lessenich, Manuel Antonio Garretón, Pablo de Marinis y Ana Grondona. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=pR>

LACLAU, Ernesto (1971), Feudalism and Capitalism in Latin America, *New Left Review*, No. 67, May-June 1971, pp. 37-8.

LANE, D.; MYANT, M. (eds.) (2007). *Varieties of Capitalism in PostCommunist Countries*. Palgrave Macmillan, Houndmills.

LENIN, V. I. (1974). "Informe de la comisión sobre los problemas nacional y colonial", En: *Tres artículos de Lenin sobre los problemas nacional y colonial*. Ediciones en Lenguas extranjeras, Pekín: pp.31-38.

- LENIN, V.I. (1973). "El imperialismo, fase superior del capitalismo", capítulos VII – X. En: *Obras escogidas*, Tomo 5. Moscú, Progreso, pp. 193-211.
- LESSENICH, S. (2016). *Neben uns die Sintflut. Die Externalisierungsgesellschaft und ihr Preis*. Hanser, Berlin [En castellano: *La sociedad de la externalización*. Herder, Barcelona, 2019].
- MARIÁTEGUI, J. C. (1967). *Defensa del marxismo*. Amauta, Lima.
- MARIATEGUI, J. C. (2007). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- MARIÁTEGUI, J.C. (1969). "Mensaje al Congreso Obrero". En: *Ideología y Política. Obras Completas Volumen 13*. Amauta, Lima, Perú, pp.111-112.
- MARINI, R.M. (1991). *Dialéctica de la dependencia*. Era, México.
- MARX, K (1971). "Formas que preceden a la producción capitalista". En: Marx, Karl; Hobsbawm, Eric (1971). *Formaciones económicas precapitalistas*. Siglo XXI, México D.F, pp.65-119.
- MARX, K. (1974). "La llamada acumulación originaria". En: Marx, C.; Engels F. *Obras Escogidas. Tomo II*. Progreso, Moscú, pp. 102-151.
- MARX, K. (1974b). "La dominación británica en la India". En: C. Marx & F. Engels, *Obras Escogidas. Tomo I*. Moscú: Progreso.
- MARX, K. (1976). *Ökonomische Manuskripte 1857/1858*. In: K. Marx and F. Engels, *Gesamtausgabe (MEGA)*, Zweite Abteilung, Band 1, Teil 1, Dietz Verlag. Berlin:
- MARX, K. (1999). Bolívar y Ponte. En: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/58-boliv.htm>
- MARX, K. (2000). *Escritos sobre la Comunidad Ancestral*. Vicepresidencia del Estado Plurinacional, La Paz.
- MARX, K. (2017). *Zur Kritik der politischen Ökonomie*. Zenodot Verlagsgesellschaft, Berlin. [En castellano: *Contribución a la crítica de la economía política*. Siglo XXI, México: 2008].
- MARX, K. (2019). *Colonialismo. Cuaderno de Londres N° XIV*. La Paz, Bolivia, Vicepresidencia del Estado.
- MARX, K. (2022). *Kritik der politischen Ökonomie. Erster Band: Der Produktionsprozess des Kapitals*. Erstausgabe von 1867 [mit Seitenkonkordanz zur MEGA2], herausgegeben vom Institut für Sozialkritik, Freiburg/Wien 2022 [En castellano: *El Capital*. Tomo I. México DF, Siglo XXI, 1975]
- MARX, K.; ENGELS, F. (2008). *Das kommunistische Manifest*. Kulturverlag Klassik [En castellano: *El manifiesto comunista*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2019].
- MARX, K.; ENGELS, F. (2011). *Die Deutsche Ideologie*. Contumax, Berlin: [En castellano: *La ideología alemana*. Pueblos Unidos, Montevideo, 1959].
- MARX, Karl (1988). *Ökonomische Manuskripte 1863-1867*. Karl Marx Friedrich Engels Gesamtausgabe (MEGA). Teil 1. Text + Apparat (2 Bände). Dietz Verlag, Berlin.

PATRIGLIA, J. (2023). Marx, capitalismo mundial y eurocentrismo, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, año 28, No. 101, e7768771.

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE PERÚ (PUCP) (2021) Presentación de libro: "La gran transformación de la sociología" de Esteban Torres. Participantes: Guillermo Rochabrún, Maritza Paredes, Martín Santos, Omar Manky, Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=hTr3_YgWJLI

PREBISCH, R. (1981). *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*. FCE, México.

PREBISCH, R. (1987), "Cinco etapas de mi pensamiento sobre el desarrollo". *Comercio Exterior*, vol. 37, núm. 5, México, mayo de 1987, pp. 345-352

QUIJANO, A. (2019). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina, *Espacio Abierto*, vol. 28, 1, pp. 255-301.

RAMOS, J. A. (1973). *El marxismo de indias*. Planeta, Barcelona.

RAMOS, J. A. (2011). *Historia de la nación latinoamericana*. Buenos Aires, Continente.

REICH, R. (1993). *The Work of the Nations: Preparing ourselves for 21st. Century Capitalism*. Alfred A. Knopf. New York. [En castellano: El trabajo de las Naciones. Hacia el capitalismo del siglo XXI. Javier Vergara , Buenos Aires].

RIBEIRO, D. (1968). *The Civilization Process*. Washington: Smithsonian Institution Press. [En castellano: El proceso civilizatorio. Ediciones de la Biblioteca-UCV, Caracas, 1970]

RICARDO, D. (2015). *On the principles of Political Economy and Taxation*. Cambridge: Cambridge University Press. [En castellano:

RODNEY, W. (2018). *How Europe Underdeveloped Africa*. Verso, London. [En castellano: Cómo Europa subdesarrolló a África. México DF. Siglo XXI, 1982].

RODRÍGUEZ, S. (2008). *Inventamos o erramos*. Monteávil, Caracas.

ROGGERONE, S. (2023). Para una crítica (marxista) de la razón sociológica, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, año 28, No. 101, e7776684.

SCALABRINI ORTIZ, R. (1981). *Política británica en el Río de la Plata*. Plus Ultra, Buenos Aires.

SHAIKH, A. (2016). *Capitalism. Competition, Conflict, Crises*. Oxford University Press, Oxford.

SMITH, A. (2012). *Wealth of Nations*. Verlag, Wordsworth [En castellano: La riqueza de las naciones. Alianza, Madrid, 1994].

TAMIR, Yael (1992). *Liberal Nationalism*. Princeton, NJ. Princeton University Press.

TAN, K.C (2004). *Justice without Borders. Cosmopolitanism, Nationalism, and Patriotism*. Cambridge University Press, UK.

THERBORN, G. (2010). *The World: A Beginner's Guide*. Polity, Cambridge.

TORRES, E (2021a). "Hacia la revolución de la sociología en América Latina. El nuevo paradigma mundialista"; en TORRES, E. (2021) *La gran transformación de la sociología*. Universidad Nacional de Córdoba-CLACSO, Córdoba-Buenos Aires, pp.421-462.

TORRES, E (2021b). "The World Paradigm: A New Proposal for Sociology", *Global Dialogue*, 11, 1, Url:

TORRES, E (2022a). The Intercapital System: Molecular and Organic Classes, *Global Dialogue*, Vol 12, N°2. August 2022, ISA, pp. 14-16. <https://globaldialogue.isa-sociology.org/articles/the-intercapital-system-molecular-and-organic-classes>

TORRES, E. (2018). The Three Engines in Marx's Social Theory: Towards a Renewal of the Left. *Critique*, Vol 46. Issue 4, pp.529-540. <https://doi.org/10.1080/03017605.2018.1529104>

TORRES, E. (2019) "El sistema inter-capital: hacia una mundialización ampliada de la economía capitalista", *Revista de Ciencias Sociales*, Vol.18-03, enero-junio de 2020, pp.12-23. <https://doi.org/10.15665/encuent.v18i3.2331>

TORRES, E. (2021c). "El Covid-19 y la sociedad mundial: aproximación a un cambio de paradigma en las ciencias sociales". En: Boria, Adriana; Servetto, Alicia (comp). *Ética y responsabilidad en la crisis: cómo pensar este tiempo de pandemia*. Centro de Estudios Avanzados, Córdoba, pp.151-165.

TORRES, E. (2022b). Las explosiones sociales en América Latina: del orden neoliberal al mundo pos Covid-19". En: Torres, E.; Leite Goncalves, G. (eds). *Hacia una nueva sociología del capitalismo*. CLACSO-Friedrich Schiller Universität Jena, Buenos Aires-Jena, pp.285-324.

TORRES, E. (2022c). Los actores y el cambio social: tentativa de reconstrucción para un futuro latinoamericano. En: Torres, E.; Domingues, J.M. (eds). *Nuevos actores y cambio social en América Latina*. CLACSO, Buenos Aires, pp.17-68.

TORRES, E. (2023). La sociedad mundial, los intersistemas y una nueva historia del capitalismo, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, año 28, No. 101, e7767811.

TROTSKY, L. (1938). "A noventa años del Manifiesto Comunista", *Inicial*, 2, 1, octubre de 1938, Buenos Aires. Versión electrónica en la web del Marxists Internet Archive (MIA): <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1930s/30-ix-37.htm>

TROTSKY, L. (1961). *Por los Estados Unidos Socialistas de la América Latina*. Coyoacán, México DF.

UGARTE, M. (2010). *La Patria Grande*. Capital intelectual, Buenos Aires.

WALLERSTEIN, Immanuel (1974). The Rise and Future Demise of the World Capitalist System: Concepts for Comparative, *Comparative Studies in Society and History*, 16, 4, pp.387-415.

WEBER, M. (1997). "El origen del capitalismo moderno". En: *Historia económica general*. FCE, México, pp.156-203.

WRIGHT MILLS, Ch. (2000). *The Power Elite*. Oxford University Press, UK. [En castellano: *La élite del poder*. FCE, México.

WRIGHT MILLS, Ch. (2012). "Usos de la historia". En: *La imaginación sociológica*. FCE, México, pp.157-177.

ZVALETA MERCADO, R. (1986). *Lo nacional popular en Bolivia*. Siglo XXI, Mexico DF.

ZVALETA MERCADO, R. (2011). "Soberanía significa industria pesada". En: *Obra Completa*, Tomo I: Ensayos 1957-1974. Plural, La Paz, pp.59-70.

BIODATA

Esteban TORRES: Investigador del CONICET y director del Programa "Cambio Social Mundial" en el Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (CIECS) de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), Argentina. Asimismo, ejerce como profesor a cargo de la Cátedra "Sociología" de la Escuela de Historia de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC, y de la Cátedra "Teorías y procesos de cambio social" de la Facultad de Ciencias Sociales (FCS) de la de la misma universidad. Desde 2016 es coordinador del Grupo de trabajo de CLACSO "Teoría social y realidad latinoamericana". En los últimos años ha sido profesor visitante en los departamentos de sociología de varias universidades, entre ellas la New York University (EE. UU.), la University of Cambridge (Reino Unido), la University of Wisconsin/Madison (EE. UU.) y la Friedrich Schiller Universität Jena (Alemania). Sus últimos libros son: *Hacia la renovación de la teoría social latinoamericana* (CLACSO, 2020); *Marx 200: presente, pasado y futuro* (CLACSO, 2020); *La gran transformación de la sociología* (UNC-CLACSO, 2021), y *Hacia una nueva sociología del capitalismo* (Friedrich Schiller Universität Jena-CLACSO, 2022).

Este es un verificador de tablas de contenidos. Previene a la revista y a los(as) autores(as) ante fraudes. Al hacer clic sobre el sello TOC checker se abrirá en su navegador un archivo preservado con la tabla de contenidos de la edición: **AÑO 28, N.º 101, 2023**. TOC checker, para garantizar la fiabilidad de su registro, no permite a los editores realizar cambio a las tablas de contenidos luego de ser depositadas. Compruebe que su trabajo esté presente en el registro.



User: uto101
Pass: ut28pr1012023

Clic logo

